



LA CUEVA DE LOS ECOS

Y OTROS CUENTOS OCULTISTAS Y MACABROS

H. P. BLAVATSKY



Espeluznates relatos sobre la influencia del Más Allá en los actos humanos, narrados magistralmente por la ocultista más famosa de todos los tiempos, *Madame Blavatsky*.

Helena Petrovna Blavatsky

**La cueva de los ecos y otros cuentos
ocultistas y macabros**

Título original: *Nightmare tales*

Helena Petrovna Blavatsky, 1892

Traducción: Mario Roso de Luna

Prólogo: Ernesto Pérez Zúñiga

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

LA CAVERNA DE PLUTÓN

HELENA PETROVNA BLAVATSKY tenía una mirada de ojos grandes capaz de turbar en mínimos retratos, hoy, cuando lleva más de un siglo de muerte, reproducidos en el vapor de las páginas electrónicas y en papeles frágiles, libros viejos. Había nacido, carne, en la Ucrania del Imperio ruso, en 1831 y, de niña, descubrió un don de médium que la torturaría durante lustros. A los diecisiete años, casó con el vicegobernador Nikifor V. Blavatsky, pero a los pocos meses le abandonó a él y a su palacio. Viajó por Asia. Pasó años estudiando con maestros tibetanos, de los cuales, por entonces, habían llegado a nuestro Occidente nada más que raros ecos. Ellos recondujeron la capacidad de contactar con el más allá que el destino había concedido a Helena Petrovna. Así lo escribió en una carta a su familia: «Los últimos restos de mi debilidad psicofísica han desaparecido por completo, gracias a aquellos a quienes bendeciré agradecida toda la vida». Viajó por Europa en caminos de ocultas sabidurías que siempre nacen de la misma. Encontró espectros eslavos, derviches turcos, hipnotizadores vagabundos. Experimentó poderes que provocaban el asombro y el miedo, y aprendió a ocultarlos, de la misma manera que Jesús se resistía ante las gentes a obrar sus milagros. La comparación no es blasfema. Eran poderes que, como la sabiduría, nacen de uno solo. Llegó a la Nueva York de 1873, donde conoció a su inseparable Henry Steel Olcott, con el que fundó una Sociedad Teosófica que se radiaría por el mundo. Y fue entonces cuando *madame* Blavatsky comenzó a escribir de forma cotidiana.

Se nos mostró maravillosa ironista en *Por las grutas y selvas del Indostán*, mística aria en su obrita acerca de *La voz del silencio*, y en tomos sucesivos de *Comentarios* se nos mostrará serena, sabia y archicientífica con sus cinco inmortales libros de *Isis sin velo* y *La doctrina secreta*.

Son palabras de Mario Roso de Luna (1872-1931), científico, filósofo y escritor, que descubrió un cometa, dirigió la Biblioteca de las Maravillas y se convirtió en propagador incansable de las doctrinas teosóficas de Helena Petrovna Blavatsky. Y también de sus excelentes narraciones. Roso de Luna las buscó en revistas rusas e inglesas, las tradujo y las comentó en *Páginas ocultistas y cuentos macabros* (Madrid, 1919), libro en el que se basa la selección que aquí presentamos. En su prólogo, compara los cuentos de Blavatsky con los «pinceles hiperfísicos» del Greco y Goya, y con los maestros de la narración macabra, estableciendo con estos últimos una «diferencia esencialísima»:

Éstos los ensoñaron en sus delirios de inspiración o neurosis, de la que acaso

fueran víctimas, mientras que aquélla, aunque parezca a primera vista lo contrario, glosó sus argumentos con pleno dominio de sí misma y con un fin perfecto y conscientemente ocultista [...]. Es decir, que, mientras los cuentos, por ejemplo, de Poe, cuentos escritos bajo el influjo del alcohol, son cuentos que parecen dictados por alguien desde el astral, ese vedado mundo que Poe había abierto con la ganzúa de la bebida, los de Helena Petrovna no son sino fábulas entretenidas, bajo cuyo velo encubrió, para que los hallasen después los espíritus selectos, las enseñanzas más fundamentales del ocultismo.

Y, sin embargo, ese fabular consciente de Helena Petrovna Blavatsky tiene un poder de inquietud, igual que su mirada en los retratos antiguos. Sus historias suceden, de alguna manera, en el infierno de nosotros mismos. Sus protagonistas son nuestros demonios y condenados: fantasías y existencias prohibidas que confinamos en el subconsciente durante un amanecer lejano al despertar de una poderosa pesadilla, allá, en el alba de nuestra adolescencia; comportamientos que repugnaron a nuestra moral más despiadada; silencios a la muerte; miedo a los dedos que tocan nuestra piel dormida desde el más allá.

Dedos de quién. En «La cueva de los ecos», hecho real según la autora, un espíritu, envenenado por la tristeza de su asesinato y el deseo de venganza, vuelve a la vida encarnado en el cuerpo de quien más ama su enemigo. «El alma de un violín» es una de las mejores narraciones de toda la literatura fantástica, donde la ambición de perfeccionamiento y de belleza hace que un músico instale en su violín cuerdas fabricadas con intestinos humanos: el noble amor se transforma en instrumento del mal, llevando al límite la sospecha de que el alma humana pervive en los objetos que le pertenecieron en vida y en la carne que fue. «Una vida encantada» relata el viaje astral hasta Hamburgo, a través de la corteza terrestre, de un escéptico materialista que vive en Japón atormentado por la falta de noticias de su familia, que dejó en Europa. En su juventud había resuelto, negándola, una de las dudas más habituales de nuestra cultura occidental: la existencia del ser aparte de la naturaleza física. En su madurez, sin embargo, abre por necesidad la puerta a unos seres que ya le atormentarán hasta su muerte. Dedos de quién.

Blavatsky, en «La caverna de Plutón», proyecta a nuestras espaldas la sombra de esos dedos para que se alarguen sobre la pared, delante de nuestros ojos. ¿Pertenecen a la marioneta de la imaginación creadora? ¿A un mundo real del que nosotros sólo percibimos siluetas? Los dedos se convierten en manos; las manos, en brazos. Y nosotros no tenemos la posibilidad de volver la cabeza.

Ernesto PÉREZ ZÚÑIGA
2001

LA CUEVA DE LOS ECOS

UNA HISTORIA EXTRAÑA, PERO VERDADERA^[1]

CEN UNA DE las provincias más distantes del Imperio ruso y en una pequeña ciudad fronteriza a la Siberia, ocurrió hace más de treinta años una tragedia misteriosa. A cosa de seis verstas de la ciudad de P..., célebre por la hermosura salvaje de sus campiñas y por la riqueza de sus habitantes, en general propietarios de minas y de fundiciones de hierro, existía una mansión aristocrática. La familia que la habitaba se componía del dueño, solterón viejo y rico, y de su hermano, viudo con dos hijos y tres hijas. Se sabía que el propietario, señor Izvertzoff, había adoptado a los hijos de su hermano, y habiendo tomado un cariño especial por el mayor de sus sobrinos, llamado Nicolás, le instituyó único heredero de sus numerosos Estados.

Pasó el tiempo. El tío envejecía y el sobrino se acercaba a su mayor edad. Los días y los años habían pasado en una serenidad monótona, cuando en el hasta entonces claro horizonte de la familia se formó una nube. En un día desgraciado se le ocurrió a una de las sobrinas aprender a tocar la cítara. Como el instrumento es de origen puramente teutón, y como no podía encontrarse maestro alguno en los alrededores, el complaciente tío envió a buscar uno y otro a San Petersburgo. Después de una investigación minuciosa, sólo pudo darse con un profesor que no tuviera inconveniente en aventurarse a ir tan cerca de la Siberia. Era un artista alemán, anciano, que, compartiendo su cariño igualmente entre su instrumento y su hija, rubia y bonita, no quería separarse de ninguno de los dos. Y así sucedió que en una hermosa mañana llegó el profesor a la mansión, con su caja de música debajo del brazo y su linda Minchen apoyándose en el otro.

Desde aquel día la pequeña nube empezó a crecer rápidamente, pues cada vibración del melodioso instrumento encontraba un eco en el corazón del viejo solterón. La música despierta el amor, se dice, y obra comenzada por la cítara fue completada por los hermosos ojos azules de Minchen. Al cabo de seis meses, la sobrina se había hecho una hábil tocadora de cítara y el tío estaba locamente enamorado.

Una mañana reunió a su familia adoptiva, abrazó a todos muy cariñosamente, prometió recordarlos en su testamento y, por último, se desahogó declarando su resolución inquebrantable de casarse con la Minchen de ojos azules. Después se les echó al cuello y lloró en silencioso arrobamiento. La familia, comprendiendo que la herencia se le escapaba, lloró también, aunque por causa muy distinta. Después de haber llorado se

consolaron y trataron de alegrarse, pues el anciano caballero era amado sinceramente de todos. Sin embargo, no todos se alegraron. Nicolás, que también se había sentido herido en el corazón por la linda alemana, y que de un golpe se veía privado de ella y del dinero de su tío, ni se consoló ni se alegró, sino que desapareció durante todo un día.

Mientras tanto, el señor Izvertzoff había ordenado que preparasen su coche de viaje para el día siguiente, y se susurró que iba a la capital del distrito, a alguna distancia de su casa, con la intención de variar su testamento. Aunque era muy rico, no tenía ningún administrador de sus Estados y él mismo llevaba sus libros de contabilidad. Aquella misma tarde, después de cenar, se le oyó en su habitación repreniendo agriamente a un criado que hacía más de treinta años estaba a su servicio. Este hombre, llamado Ivan, era natural del Asia de Norte, de Kamchatka; había sido educado por la familia en la religión cristiana, y se le creía muy adicto a su amo. Unos cuantos días después, cuando la primera de las trágicas circunstancias que voy a relatar había traído a aquel sitio a toda la fuerza de la Policía, se recordó que Ivan estaba borracho aquella noche; que su amo, que tenía horror a este vicio, le había apaleado *paternalmente* y le había echado fuera de la habitación, y aun se le vio dando traspies fuera de la puerta y se le oyeron proferir amenazas.

En el vasto dominio del señor Izvertzoff había una extraña caverna que excitaba la curiosidad de todo el que la visitaba. Existe hoy todavía, y es muy conocida de todos los habitantes de P... Un bosque de pinos comienza a corta distancia de la puerta del jardín y sube en escarpadas laderas a lo largo de cerros rocosos, a los que ciñe con el ancho cinturón de su vegetación impenetrable. La galería que conduce al interior de la caverna, conocida por la Cueva de los Ecos, está situada a media milla de la mansión, desde la cual aparece como una pequeña excavación de la ladera, oculta por la maleza, aunque no tan completamente que impida ver a cualquier persona que entre en ella desde la terraza de la casa. Al penetrar en la gruta, el explorador ve en el fondo de la misma una estrecha abertura, pasada la cual se encuentra una elevadísima caverna, débilmente iluminada por hendiduras en el abovedado techo, a cincuenta pies de altura. La caverna es inmensa, y podría contener holgadamente de dos a tres mil personas. En el tiempo del señor Izvertzoff, una parte de ella estaba embaldosada, y en el verano se usaba a menudo como salón de baile en las jiras campestres. Es de forma oval irregular, y se va estrechando gradualmente hasta convertirse en un ancho corredor que se extiende varias millas, ensanchándose a trechos y formando otras estancias tan grandes y elevadas como la primera, pero con la diferencia de que no pueden cruzarse sino en botes, por estar siempre llenas de agua. Estos receptáculos naturales tienen la reputación de ser insondables.

En la orilla del primero de estos canales existe una pequeña plataforma con algunos asientos rústicos, cubiertos de musgo, convenientemente colocados, y en este sitio es donde se oye en toda su intensidad el fenómeno de los ecos que dan nombre a la gruta. Una palabra susurrada, y hasta un suspiro, es recogido por infinidad de voces burlonas, y en lugar de disminuir de volumen, como hacen los ecos honrados, el sonido se hace más y más intenso a cada sucesiva repetición, hasta que al fin estalla como la repercusión de un

tiro de pistola y retrocede en forma de gemido lastimero a lo largo del corredor.

En el día en cuestión, el señor Izvertzoff había indicado su intención de dar un baile en esta cueva al celebrar su boda, que había fijado para una fecha cercana. Al día siguiente por la mañana, mientras hacía sus preparativos para el viaje, su familia le vio entrar en la gruta acompañado solamente por su criado siberiano. Media hora después, Ivan volvió a la mansión por una tabaquera que su amo había dejado olvidada, y regresó con ella a la gruta. Una hora más tarde, la casa entera se puso en conmoción por sus grandes gritos. Pálido y chorreando de agua, Ivan se precipitó dentro como un loco, y declaró que el señor Izvertzoff había desaparecido, pues que no se le encontraba en ninguna parte de la caverna. Creyendo que se había caído en el lago, se había sumergido en el primer receptáculo en su busca, con peligro inminente de su propia vida.

El día pasó sin que diesen resultado las pesquisas en busca del anciano. La policía invadió la casa, y el más desesperado parecía ser Nicolás, el sobrino, que a su llegada se había encontrado con la triste noticia.

Una negra sospecha recayó sobre Ivan el siberiano. Había sido castigado por su amo la noche anterior y se le había oído jurar que tomaría venganza. Le había acompañado solo a la cueva, y, cuando registraron su habitación, se encontró debajo de la cama una caja llena de riquísimas joyas de familia. En vano fue que el siervo pusiese a Dios por testigo de que la caja la había sido confiada por su amo precisamente antes de que se dirigieran a la cueva; que la intención de su amo era hacer remontar las joyas que destinaba a la novia como regalo, y que él, Ivan, daría gustoso su propia vida para devolvérsela a su amo, si supiese que éste estaba muerto. No se le hizo ningún caso, sin embargo, y fue arrestado y metido en la cárcel bajo acusación de asesinato. Allí se le encerró, pues, según la legislación rusa, no podía, al menos por aquellos tiempos, ser condenado criminal alguno a muerte, por demostrado que estuviese su delito, siempre que no se hubiese confesado culpable.

Después de una semana de inútiles investigaciones, la familia se vistió de riguroso luto, y, como el testamento primitivo no había sido modificado, toda la propiedad pasó a manos del sobrino. El viejo profesor y su hija soportaron este repentino revés de la fortuna con flema verdaderamente germánica, y se prepararon a partir. El anciano cogió su cítara debajo del brazo y se dispuso a marchar con su Minchen, cuando el sobrino le detuvo, ofreciéndose, en lugar de su difunto tío, como esposo de la linda damisela. Encontraron muy agradable el camino, y, sin causar gran ruido, fueron casados los dos jóvenes.

* * *

Transcurrieron diez años, y nos encontramos nuevamente a la feliz familia al principio de 1859. La linda Minchen se había puesto gruesa y se había hecho vulgar. Desde el día de la desaparición del anciano, Nicolás se había vuelto áspero y retraído en sus costumbres, admirándose muchos de tal cambio, pues nunca se le veía sonreír. Parecía que el único objeto de su vida era el encontrar al asesino de su tío o, más bien, hacer que Ivan confesase su crimen. Pero este hombre persistía aún en que era inocente.

Sólo un hijo había tenido la joven pareja, y por cierto que era un niño extraño. Pequeño, delicado y siempre enfermo, parecía que su frágil vida pendía de un hilo. Cuando sus facciones estaban en reposo era tal su parecido con el tío que los individuos de la familia a menudo se alejaban de él con terror. Tenía la cara pálida y arrugada de un viejo de sesenta años sobre los hombros de un niño de nueve. Nunca se le vio reír ni jugar. Encaramado en su silla alta, permanecía sentado gravemente, cruzando los brazos de una manera que era peculiar al difunto señor Izvertzoff, y así se pasaba horas y horas, inmóvil y adormecido. A sus nodrizas se las veía a menudo santiguarse furtivamente al acercarse a él por la noche, y ninguna de ellas hubiera consentido en dormir a solas con él en su cuarto. La conducta del padre para con su hijo era aún más extraña. Parecía quererlo apasionadamente y, al mismo tiempo, odiarlo en extremo. Muy rara vez lo besaba o acariciaba, sino que con semblante lívido y ojos espantados, pasaba largas horas mirándole, mientras que el niño estaba tranquilamente sentado en su rincón, con sus maneras de viejo propias de un duende. El niño no había salido nunca de la hacienda, y pocos de la familia conocían su existencia.

A mediados de julio, un viajero húngaro, de elevada estatura, precedido de una gran reputación de excentricidad, fortuna y poderes misteriosos, llegó a la ciudad de P... desde el norte, donde había residido muchos años. Se estableció en la pequeña ciudad en compañía de un *shamano*, o mago de la Siberia del sur, con que se decía que verificaba experimentos de magnetismo. Daba comidas y reuniones, e invariablemente exhibía a su *shamano*, de quien estaba muy orgulloso, para divertir a sus huéspedes. Un día los notables de P... invadieron repentinamente los dominios de Nicolás Izvertzoff solicitando les prestase su cueva para pasar una velada. Nicolás consintió con gran repugnancia, y sólo después de una vacilación aún mayor se dejó persuadir para unirse a la partida.

La primera caverna y la plataforma al lado del insondable lago estaban refulgentes de luz. Centenares de velas y de antorchas de vacilantes llamas, metidas en las hendiduras de las rocas, iluminaban aquel sitio, y ahuyentaban las sombras de ángulos y rincones en donde habían estado agazapadas, sin ser molestadas, durante muchos años. Las estalactitas de las paredes chispeaban brillantemente, y los dormidos ecos fueron repentinamente despertados por alegre confusión de risas y conversaciones. El *shamano*, a quien su amigo y patrón no había perdido de vista un momento, estaba sentado en un rincón, y, como de costumbre, hipnotizado, encaramado en una roca saliente a la mitad del camino entre la entrada y el agua. Con su rostro de amarillo limón, lleno de arrugas, su nariz chata y barba rala, parecía más bien un horrible ídolo de piedra que un ser humano. Muchos de la partida se apretaban a su alrededor, recibiendo atinadas contestaciones a las preguntas que le dirigían, pues el húngaro sometía gustoso a su «sujeto», magnetizado a los interrogatorios. De pronto, una señora hizo la observación de que en aquella misma cueva había desaparecido el señor Izvertzoff hacía diez años. El extranjero pareció interesarse en el caso, mostrando deseos de saber lo acaecido. En su consecuencia, buscaron a Nicolás entre la multitud y le condujeron delante del grupo de curiosos. Era el huésped, y le fue imposible el negarse a hacer la deseada narración. Repitió, pues, el triste relato con voz temblorosa, pálido semblante, y viéndosele brillar las lágrimas en sus ojos febriles. Los

asistentes se afectaron mucho, murmurando grandes elogios sobre la conducta del amante sobrino, que tan bien honraba la memoria de su tío y bienhechor. Cuando, de repente, la voz de Nicolás se ahogó en su garganta, sus ojos parecieron salir de sus órbitas y, con un gemido ronco, retrocedió tambaleándose. Todos los ojos siguieron con curiosidad su aterrada vista, que se fijó y permaneció clavada sobre una diminuta cara de bruja que se asomaba por detrás del húngaro.

—¿De dónde vienes? ¿Quién te trajo aquí, niño? —balbuceó Nicolás, pálido como la muerte.

—Yo estaba acostado, papá; este hombre vino por mí y me trajo aquí en sus brazos —contestó con sencillez el muchacho, señalando al *shamano*, al lado de quien se hallaba en la roca, y el cual seguía con los ojos cerrados, moviéndose de un lado a otro como un péndulo viviente.

—Esto es muy extraño —observó uno de los huéspedes—, pues este hombre no se ha movido de sus sitio.

—¡Gran Dios! ¡Qué parecido tan extraordinario! —murmuró un antiguo vecino de la ciudad, amigo de la persona desaparecida.

—¡Mientes, niño! —exclamó con fiereza el padre—. Vete a la cama, éste no es sitio para ti.

—Vamos, vamos —dijo el húngaro, interponiéndose con una expresión extraña en su cara, y rodeando con sus brazos la delicada figura del niño—; el pequeño ha visto al doble de mi *shamano*, que a menudo vaga a gran distancia de su cuerpo, y ha tomado al fantasma por el hombre mismo. Dejadlo permanecer un rato con nosotros.

A estas extrañas palabras los asistentes se miraron con muda sorpresa, mientras que algunos hicieron piadosamente el signo de la cruz, presumiendo indudablemente que se trataba del diablo y de sus obras.

—Y, por otro lado —siguió diciendo el húngaro con un acento de firmeza peculiar, dirigiéndose a la generalidad de los concurrentes más bien que a algunos en particular—, ¿por qué no habíamos de tratar, con ayuda de mi *shamano*, de descubrir el misterio que encierra esta tragedia? Está todavía en la cárcel la persona de quien se sospechaba. ¿Cómo no ha confesado su delito todavía? Esto es seguramente muy extraño; pero vamos a saber la verdad dentro de algunos minutos. ¡Que todo el mundo guarde silencio!

Se aproximó entonces al *tehuktchené*, e inmediatamente dio principio a sus manipulaciones, sin siquiera pedir permiso al dueño del lugar. Este último permanecía en su sitio como petrificado de horror y sin poder articular una palabra. La idea encontró una aprobación general, a excepción de él, y especialmente aprobó el pensamiento el inspector de Policía, Coronel S.

—Señoras y caballeros —dijo el magnetizador con voz suave—: Permitidme que en esta ocasión proceda de una manera distinta de lo que generalmente acostumbro hacerla.

Voy a emplear el método de la magia nativa. Es más apropiado a este agreste lugar y de mucho más efecto, como ustedes verán, que nuestro método europeo de magnetización.

Sin esperar contestación, sacó de un saco que siempre llevaba consigo, primeramente, un pequeño tambor y, después, dos redomas pequeñas, una llena de líquido y la otra vacía. Con el contenido de la primera roció al *shamano*, quien empezó a temblar y balancearse más violentamente que nunca. El aire se llenó de un perfume de especias, y la misma atmósfera pareció hacerse más clara. Luego, con horror de los presentes, se acercó al tibetano, y, sacando de un bolsillo un puñal en miniatura, le hundió la acerada hoja en el antebrazo y sacó sangre, que recogió en la redoma vacía. Cuando estuvo medio llena oprimió el orificio de la herida con el dedo pulgar, y detuvo la salida de la sangre con la misma facilidad que si se hubiera puesto el tapón a una botella, después de lo cual roció la sangre sobre la cabeza del niño. Luego se colgó el tambor al cuello y, con dos palillos de marfil cubiertos de signos y letras mágicas, empezó a tocar una especie de diana para atraer los espíritus, según él decía.

Los circunstantes, medio sorprendidos, medio aterrorizados por este extraordinario procedimiento, se apiñaban ansiosamente a su alrededor, y durante algunos momentos reinó un silencio de muerte en toda la inmensa caverna. Nicolás, con semblante lívido como el de un cadáver, permanecía sin articular palabra. El magnetizador se había colocado entre el *shamano* y la plataforma cuando principió a tocar lentamente el tambor. Las primeras notas eran como sordas y, vibraban tan suavemente en el aire, que no despertaron eco alguno; pero el *shamano* apresuró su movimiento de vaivén y el niño se mostró intranquilo. Entonces el que tocaba el tambor principió un canto lento, bajo, solemne e impresionante.

A medida que aquellas palabras desconocidas salían de sus labios, las llamas de las velas y de las antorchas ondulaban y fluctuaban, hasta que principiaran a bailar al compás del canto. Un viento frío vino silbando de los oscuros corredores, más allá del agua, dejando en pos de sí un eco quejumbroso. Luego, una especie de neblina que parecía brotar del suelo y paredes rocosas se condensó en torno del *shamano* y del muchacho. Alrededor de este último el aura era plateada y transparente, pero la nube que envolvía al primero era roja y siniestra. Aproximándose más a la plataforma, el mago dio un redoble más fuerte en el tambor; redoble que esta vez fue recogido por el eco con un efecto terrorífico. Retumbaba cerca y lejos con estruendo incesante; un clamor más y más ruidoso sucedía a otro, hasta que el estrépito formidable pareció el coro de mil voces de demonios que se levantaban de las insondables profundidades del lago. El agua misma, cuya superficie, iluminada por las muchas luces, había estado hasta entonces tan llana como un cristal, se puso repentinamente agitada, como si una poderosa ráfaga de viento hubiese recorrido su inmóvil superficie.

Otro canto, otro redoble del tambor, y la montaña entera se estremeció hasta sus cimientos, con estruendos parecidos a los formidables cañonazos disparados en los inacabables y oscuros corredores. El cuerpo del *shamano* se levantó dos yardas en el aire, y moviendo la cabeza de un lado a otro y balanceándose, apareció sentado y suspendido

como una aparición. Pero la transformación que se operó entonces en el muchacho heló de terror a cuantos presenciaban la escena. La nube plateada que rodeaba al niño pareció que le levantaba también en el aire; mas, al contrario del *shamano*, sus pies no abandonaron el suelo. El muchacho principió a crecer como si la obra de los años se verificase milagrosamente en algunos segundos. Se tornó alto y grande, y sus seniles facciones se hicieron más y más viejas, a la par que su cuerpo. Unos cuantos segundos más, y la forma juvenil desapareció completamente, absorbida en su totalidad por otra individualidad diferente y con horror de los circunstantes, que conocían su apariencia; esta individualidad era la del viejo señor Izvertzoff, quien tenía en la sien una gran herida abierta, de la que caían gruesas gotas de sangre.

El fantasma se movió hacia Nicolás, hasta que se puso directamente frente a él, mientras que éste, con el pelo erizado y con los ojos de un loco, miraba a su propio hijo transformado inesperadamente en su tío mismo. El silencio sepulcral fue interrumpido por el húngaro, quien, dirigiéndose al niño fantasma, le preguntó con voz solemne:

—En nombre del gran maestro, de aquel que todo lo puede, contéstanos la verdad y nada más que la verdad. Espíritu intranquilo, ¿te perdiste por accidente o fuiste cobardemente asesinado?

Los labios del espectro se movieron, pero fue el eco el que contestó en su lugar, diciendo con lúgubres resonancias:

—¡Asesinado! ¡Asesinado! ¡A-se-si-na-do!...

—¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por quién? —preguntó el conjurador.

La aparición señaló con el dedo a Nicolás y, sin apartar la vista ni bajar el brazo, se retiró, andando lentamente de espaldas y hacia el lago. A cada paso que daba el fantasma, Izvertzoff el joven, como obligado por una fascinación irresistible, avanzaba un paso hacia él, hasta que el espectro llegó al lago, viéndose en seguida deslizarse sobre su superficie. ¡Era una escena de fantasmagoría verdaderamente horrible!

Cuando llegó a dos pasos del borde del abismo de agua, una violenta convulsión agitó el cuerpo del culpable. Arrojándose de rodillas se agarró desesperadamente a uno de los asientos rústicos y, dilatándose sus ojos de una manera salvaje, dio un grande y penetrante grito de agonía. El fantasma, entonces, permaneció inmóvil sobre el agua y, doblando lentamente su dedo extendido, le ordenó acercarse. Agazapado, presa de un terror abyecto, el miserable gritaba hasta que la caverna resonaba una y otra vez:

—¡No fui yo..., no; yo no os asesiné!

Entonces se oyó una caída; era el muchacho que apareció sobre las oscuras aguas luchando por su vida en medio del lago, viéndose a la inmóvil y terrible aparición inclinada sobre él.

—¡Papá, papá, sálvame..., que me ahogo!... —exclamó una débil voz lastimera en medio del ruido de los burlones ecos.

—¡Mi hijo! —gritó Nicolás con el acento de un loco y poniéndose en pie de un salto —. ¡Mi hijo! ¡Salvadlo! ¡Oh! ¡Salvadlo!... ¡Sí, confieso!... ¡Yo soy el asesino!... ¡Yo fui quien lo mató!

Otra caída en el agua, y el fantasma desapareció. Dando un grito de horror los circunstantes se precipitaron hacia la plataforma; pero sus pies se clavaron repentinamente en el suelo al ver, en medio de los remolinos, una masa blanquecina e informe enlazando al asesino y al niño en un estrecho abrazo y hundiéndose lentamente en el insondable lago.

A la mañana siguiente, cuando, después de una noche de insomnio, algunos de la partida visitaron la residencia del húngaro, la encontraron cerrada y desierta. Él y el *shamano* habían desaparecido. Muchos son los habitantes de P... que recuerdan el caso todavía. El inspector de Policía, Coronel S., murió algunos años después en la completa seguridad de que el noble viajero era el diablo. La consternación general creció de punto al ver convertida en llamas la mansión Izvertzoff aquella misma noche. El arzobispo ejecutó la ceremonia del exorcismo: pero aquel lugar se considera maldito hasta el presente. En cuanto al Gobierno, investigó los hechos y... ordenó el silencio.

EL ALMA DE UN VIOLÍN

I

TN ANCIANO ALEMÁN, profesor de música, llegó a París cierto día del año 1828, estableciéndose muy modestamente en uno de los barrios más tranquilos de la gran urbe, con uno de sus discípulos. El nombre del anciano era el de Samuel Klaus y el del joven respondía al mucho más poético de Franz Stenio.

Era este último un novel violinista dotado, según la fama, de un talento musical extraordinario, casi milagroso, mas, como era pobre y sin una reputación europea, todavía permaneció varios años desconocido e inapreciado en el seno de la capital de Francia, metrópoli de la siempre caprichosa moda occidental.

Franz Stenio había nacido en Steyer, y no contaba aún treinta años en los días a que nos vamos a referir. Naturalmente soñador y filósofo, con todas esas rarezas místicas del verdadero hombre de genio, no parecía sino uno de esos héroes inquietantes de los *Cuentos fantásticos* de Hoffmann. Sus primeras edades estaban llenas de cosas extraordinarias, excéntricas, increíbles, hasta el punto de que nos vemos precisados hoy a referir su historia brevemente para la mejor inteligencia de este puntual relato.

Nació Stenio en el seno de una familia de piadosos labriegos, moradores de una tan apartada como apacible aldeíta en el corazón de los Alpes de Steyer, y fue criado, según se dice, por los propios gnomos y demás genios del país que velaron solícitos en torno de su cuna. Creció así el niño en ese ambiente mágico de fantasmas, de hadas y de vampiros que tan esencial papel desempeñan en todos los dulces hogares de Steyer, de Esclavonia y demás del Austria meridional.

Educado más tarde como estudiante a la sombra de los antiguos castillos renanos, diríase que el joven Franz había vivido toda su vida hasta entonces en ese emocionante

plano llamado «de lo sobrenatural». Además, durante algunos años estudió algo de ciencias ocultas con un gran discípulo de Kunrath y de Paracelso, por lo cual era tan diestro en hechicerías de todo género, incluso en «ceremonias mágicas» y secretos teóricos de la alquimia, como el más ladino de los gitanos húngaros.

No obstante todo esto, el joven Franz amaba con delirio la música y, sobre todo y ante todo, su violín. Así que, a los veintidós años de edad, arrinconó por completo sus estudios ocultos, y se consagró desde entonces por entero a su arte, aunque permaneciendo fiel adorador de los dioses griegos, en especial de la musa Euterpe, en cuyo altar, y en el de Pan y de Orfeo, rendía el más noble culto de admiración con su instrumento, que hubiera ansiado parangonar la flauta y la lira de estos últimos dioses. Las notas de su Stradivarius le alejaban sublimes de todo cuanto en este bajo mundo no fuesen sus ensueños musicales con ninfas, sirenas y demás paganas diosas de la melodía y de la poesía. Como nube de perfumado incienso, los acentos celestiales de su violín querido subían a la altura mientras que el joven virtuoso soñaba siempre despierto, viviendo la vida real como a través de un ambiente encantado. Así, aun en su misma aldea, donde sólo se respiraba magia y brujería, pasó siempre como un niño singularísimo, y llegó a ser todo un hombre, sin casi haber tenido juventud.

Nunca cautivó al artista una linda cara de muchacha que fuese capaz de arrancarle de sus solitarios estudios. Su violín eran todos sus amores; en su compañía única había vivido siempre, sin contar con otro auditorio para sus conciertos musicales que los dioses y diosas de la Grecia clásica de aquellas sierras. ¡Un ininterrumpido ensueño de armonía y de luz!

¡Cuán vívidos, cuán gloriosos, pero cuán inútiles eran estos ensueños perdurables del maravilloso Franz! ¡Él era un héroe de la música como el dios egipcio con su lira, o el dios griego con su caramillo, y hasta las diosas del amor y de la belleza dejaban sus excelsas moradas sugestionadas por el arte supremo de las escalas de su violín!

—¡Oh! —se decía más de una vez el joven en sus nostalgias de un arte nunca oído—. ¿Podría yo atraer y encerrar una ninfa del Parnaso en el alma de mi querido violín? ¿Alcanzaría yo a robar algún día ese misterio que se cuenta de los dos grandes dioses de la música domesticando con mi canto a las fieras y embelesando a los hombres hasta obligarles también a rendirme culto?

Tales venían siendo los ensueños de Franz, ansioso siempre de esas glorias, tan efímeras, de la fama entre los hombres. Por desgracia para él, su madre, al enviudar, le llamó a su lado a la aldea, arrancándole de la Universidad alemana en la que llevaba ya dos años. Esta llamada echó por tierra todos los proyectos del joven, a lo menos en lo relativo a su inmediato porvenir, pues, fuera de su aldea y al calor de su casa, no contaba con los medios necesarios para satisfacer sus necesidades, por limitadas que ellas fuesen.

Para colmo, su madre, que constituía su único amor en la tierra, falleció a poco de haber estrechado entre sus brazos a su amado benjamín, y aun se dio el caso, no sé por qué, de que las comadres de la aldehuela desataron cruelmente sus lenguas respecto de las

verdaderas causas determinantes de la muerte de la aldeana, relacionándolas acaso con la estancia de su hijo.

La señora viuda de Stenio, en efecto, antes de regresar su Franz, era una mujer alegre, fuerte y joven todavía; un alma piadosa y temerosa, además, de Dios; que jamás faltó a misa ni dejó nunca de orar a diario. Sin embargo de ello, el primer domingo que siguió a la llegada del joven estudiante, cuando la pobre aldeana limpiaba el polvo de varios años del librito de oraciones que Franz había usado en su infancia cuando se sentaba a su lado en la iglesia, y en el momento, en fin, en que el alegre repique de las campanas resonaba llamando a todos para la santa misa, la amante madre escuchó, con escalofrío mortal, cómo las sonoras campanadas aquellas eran ahogadas por las notas macabras del violín, respondiendo sarcástico a la llamada con las salvajes melodías de *La danza de las brujas*. Le faltó muy poco para desmayarse a la aldeana cuando su hijo querido se negó después rotundamente a ir a misa, añadiendo, impío, que todo el tiempo pasado en la iglesia era tiempo perdido, y que, además, los ruidosos sanes del vetusto órgano le crispaban sus nervios de artista. Para completar aquel cúmulo de enormidades blasfemas y mejor acallar las desesperadas súplicas maternas, la invitó el gran perverso a que escuchase el bellissimo *Himno al Sol*, que acababa de componer.

La buena señora de Stenio perdió desde aquel triste domingo la ordinaria placidez de su espíritu y fue a desahogar sus angustias y remordimientos a los pies del confesor. La respuesta del sacerdote a sus dudas llevó su alma sencilla y lógica al borde de la desesperación, pues de la severidad de aquél no recibió respecto de su hijo sino los más funestos augurios. Un continuo sobresalto, un terror sin límites avasalló desde entonces a la anciana, que no dejaba de rezar noche y día por la casi imposible salvación de su hijo, y, no contenta con hacer en vano los votos más temerarios para lograr ésta, viendo que ni aun los salmos de latín ni las humildes súplicas en alemán que dirigía a la corte celestial entera daban resultado alguno para con aquel réprobo, hizo varias peregrinaciones a santuarios distantes, en una de los cuales, por los nevados campos del Tirol, la atacó un fuerte enfriamiento que la llevó rápidamente a la tumba. Véase, pues, que, en cierto modo, el voto de la señora Stenio se había cumplido, dado que la buena señora podía ya, en su nuevo estado de después de esta vida, realizar personalmente su visita a los santos y abogar cerca de ellos por aquel perverso que renegaba de la Iglesia, nuestra santa madre; que tenía invencible horror al órgano y que se burlaba de los sacerdotes y de sus confesionarios.

Bien ajeno estaba Franz a la idea de haber sido el causante verdadero, aunque inconsciente, de la muerte de su madre; la lamentó de todo corazón, y de allí a pocas semanas vendió todos los trebejos de su casa y las modestas fincas de su hacienda, y, ligero así de bolsa como de preocupaciones, resolvió recorrer el mundo como un buen bohemio sin establecerse ni trabajar en nada.

Visitó así el joven Franz Stenio las principales ciudades europeas. Depositada su modesta fortuna en un banco, recorrió a pie Alemania y Austria, pagando con notas de su violín los hospedajes en cuantas hosterías y casas de labor visitaba, pasando no pocos días

de la buena estación entre las verduras de los campos y el augusto silencio de los bosques umbrosos, cara a cara con la naturaleza, soñando siempre con los ojos abiertos, y reduciéndolo todo a armonías a lo Hesíodo o a lo Anacreonte, ni más ni menos que el alquimista reduce todo a oro. Hasta en sus nocturnos conciertos en las hosterías y en los prados aldeanos los días de fiesta, los circunstantes eran para su artística imaginación pastores y pastoras de la feliz Arcadia que le coreaban como el propio dios Pan en sus triunfos. El suelo de los salones, prado eran para él de las más sugestivas creaciones mitológicas; sacerdotes y sacerdotisas de Terpsícore, aquellos rudos labriegos y aquellas sanotas hijas de la Alemania rural, de mejillas como frescas manzanas, labios de cereza y ojos de cielo, bailando como una danza sagrada bajo las cadencias de un vals...

Su violín, en los momentos solitarios pasados por su dueño en lo más espeso de la selva de pinos, parecía animar con fuerzas de sagrada magia a los mismos árboles, a las peñas, a los musgos, a todo cuanto, como nuevo Orfeo, le rodeaba embelesado, y figurábase ver el joven, en el delirio de sus musicales ensueños, que hasta las aguas del arroyuelo detenían también su curso para seguir oyéndole, mientras la cigüeña, el águila o el búho parecían preguntarle en su lenguaje ignorado: «¿Eres tú Franz Stenio o el mismo Orfeo redivivo?».

Aquel tiempo fue la época más feliz de su existencia, de continua exaltación artística; de divinos deliquios; de ensueños inenarrables. En nada afectarían nunca al joven las últimas palabras de su madre agonizante, que murmuraran en su oído todos los horrores de una tan próxima como definitiva condenación. Aquello no podía compararse más que a su concepto músico del pagano dominio de Plutón, señor del tétrico reino de las sombras, quien, al oír su instrumento, le daba la bienvenida a sus estados como a un nuevo libertador de otra Eurídice cual la de Orfeo.

Una vez más la rueda de Ixión se había parado ante las mágicas cadencias, dando así un descanso al triste seductor de Juno y un mentís a cuantos creyesen eternos los suplicios de los condenados en aquella inabordable mansión, pues que Franz mismo veía a Tántalo olvidarse de su inextinguible sed al beber en aquel torrente de armonías; a Sísifo quedar inmóvil sin sentir ya el peso de su aplastante roca, y sonrientes a las propias furias infernales. Vemos, pues, que la mitología clásica era para Franz, como para tantos otros elegidos, el más seguro antídoto contra los terrores y amenazas teológicas, sobre la vieja y alta mitología fortalecida y espiritualizada por la música. Euterpe, por la mano de su fiel discípulo Franz, triunfaba, en fin, hasta del infierno mismo.

Pero todo acaba pronto, ¡oh, Dolor!, en este infame mundo, y los ensueños del joven Franz no pudieron sustraerse a tamaña ley. Llegó, al fin, cierto día a la ciudad en cuya universidad enseñaba Samuel Klaus, su viejo profesor de violín. Cuando este santo anciano vio pobre, huérfano y solo a su discípulo favorito, sintió centuplicársele el cariño que hacia el muchacho sentía, y estrechándole contra su noble corazón lo adoptó generoso como hijo.

El violinista Klaus parecía evocar con su grotesca y oronda persona las románicas

tallas medievales, pero, desmintiendo aquellas sus apariencias de trasgo o duende fantástico, gozaba de uno de los más grandes corazones, de un alma de ternuras femeniles y de una abnegación no inferior a la de cualquiera de los mártires del cristianismo. Al referirle su joven discípulo la historia de los últimos años de su ausencia, el viejo maestro le tomó por la mano y, llevándole a su estudio, le dijo tan sólo:

—Abandona la vida errabunda y quédate aquí conmigo. Podrás lograr gloria y dinero. Yo, anciano y sin familia, no seré más que un padre para ti. Vivamos, pues, juntos, olvidando todo lo de este mundo, salvo la gloria que en breve tiempo conquistaremos.

Maestro y discípulo acordaron ambos pasar a París, tocando en varias ciudades alemanas del camino. Con ello, el joven Franz olvidó en breve su vida vagabunda; desechó las nostalgias de su independencia artística, despertándose, en cambio, su antigua y dormida ambición de lauros y de oro. Contento desde la muerte de su madre con el aplauso de los dioses moradores de su volcánica fantasía, quería, además, el aplauso de los hombres mortales. Bajo la severa enseñanza de Klaus, su talento musical nativo ganaba en vigor y en magia cada día, extendiéndose la fama de sus méritos rápidamente por ciudades y villas. Las más geniales mentalidades de varios centros le proclamaron pronto violinista sin rival, el violinista único, con lo cual no hay que añadir que perdieron la cabeza al fin tanto el maestro como el discípulo.

Mas la capital de Francia no le concedió de buenas a primeras al joven tamaña reputación, porque es sabido que París acostumbra hacerse por sí mismo las reputaciones, sin aceptarlas bajo la fe de otros. Así que el violinista Franz llevaba ya allí tres años y remontaba aún por la áspera pendiente de su calvario como artista cuando le acaeció un suceso que llegó a marchitar todos sus ensueños de gloria. El primer concierto de Paganini puso a la ciudad-luz en intensa conmoción. El maestro italiano apareció, y Lutecia entera cayó a sus pies.

II

Llegados a este punto de nuestro relato, conviene recordar una superstición medieval que ha subsistido hasta mediados del presente siglo, y es la de atribuir todas las grandezas del genio a que éste mantenía estrecho «pacto con el diablo».

Todos los artistas, Paganini inclusive, fueron inculpados de semejante pacto.

Del gran violinista Tartini, asombro del siglo XVII, se llegó a decir que sus mágicos efectos sobre sus auditorios hechizados se debían no más que a sus tratos con los malignos. Así, su célebre *Sonata del diablo* fue causa de las más terribles leyendas. Ella, conocida también por «El ensueño de Tartini», se atribuyó a la directa inspiración del propio Satanás, quien la ejecutó ante Tartini mientras éste dormía, y el propio músico fue el primer culpable de semejante fama por sus frases imprudentes.

De tamañas acusaciones brujescas no se han escapado tampoco los más célebres cantantes por los efectos maravillosos logrados con su voz sobre sus auditorios embelesados. La voz sublime de Pasta se atribuía a que su madre, en los tres últimos meses de su embarazo, había sido arrebatada al cielo y, en medio de su éxtasis, había tomado parte en un coro de excelsos serafines. La Malibrán debía su voz a santa Cecilia, patrona de los músicos, según unos, y al mismísimo diablo, según otros, que ya le cantaba al oído junto a su cuna para que se durmiese. Por último, el Jubal, de Dryden, alcanzó el supremo arte de tocar a guisa de violín en una simple concha marina con cuerdas, arrastrando, sin embargo, a la enloquecida multitud y haciéndola decir que un ángel del cielo era, y no las cuerdas de la concha, el que producía aquellos sonidos.

El avaro violinista italiano de Paganini no podía menos de tener otra leyenda análoga, porque sin ella eran inexplicables sus prodigios. Eran tales, en efecto, las emociones que con su instrumento despertaba en sus auditorios que se dice que el gran Rossini lloró como una muchacha sentimental alemana al escucharle por vez primera. La princesa Elisa de Lucca, hermana de Napoleón I, y a cuyo servicio estuvo algún tiempo como director de su orquesta privada Paganini, no podía oír las primeras notas del músico sin desmayarse al punto. La magia de su arco permitíale al gran artista determinar a voluntad los más aparatosos ataques histéricos en las mujeres y despertar entre los hombres fuertes el más loco frenesí, haciendo de cualquier cobarde un héroe, y del soldado más aguerrido, una nerviosa chicuela. De aquí el que las leyendas macabras acerca del artista hubiesen tomado tanto pábulo especialmente —y esto no se decía por nadie sin terror y de oído a

oído— que todo aquello se debía no más a que las cuerdas de su violín no eran como las de los demás instrumentos, sino que estaban torcidas con verdaderos intestinos humanos, extraídos por su hechicería con arreglo a los cánones más horribles de la necromancia.

Esto último, por mucho que choque a sabios oídos occidentales, nada tiene de imposible, en efecto. Acaso la tradición de la misma necromancia del medioevo pudo dar lugar a tamaña leyenda, porque es un hecho probado en ocultismo que muchos magos negros orientales, en especial los tántricas bengaleses, recitadores de tantras o conjuros para atraer a los espíritus maléficos, usan, para sus perversas obras, de los propios órganos internos de los cadáveres. Ahora, por otra parte, que nos son mejor conocidos los poderes peligrosos del magnetismo, mesmerismo e hipnotismo, manejados técnicamente por los propios médicos, podría suponerse, con menos peligro que antes de ser escarnecido, que los efectos mágicos que Paganini producía con su violín no eran debidos solamente a su genio musical, antes bien, aquellos fenómenos de pasmo, patología y sugestión experimentados por sus auditorios (pasmos que tenían algo de sobrenatural y de diabólico, según muchos de sus biógrafos) se debían a más misterioso origen que el de la impecable ejecución y técnica del maestro. De aquí también que pudiese hasta cambiar de timbre al instrumento, haciendo con sus melodías en la cuerda G sola que no pareciese sino flauta el violín.

Rumores tales podían tomar cuerpo mucho mejor antaño que ahora en que las gentes son mucho más escépticas, y se llegó a murmurar así, en su ciudad natal y aun en toda Italia, que Paganini había asesinado a su esposa y más tarde a una querida, a la que, no obstante su pasión, no tuvo inconveniente en sacrificar con sus propias manos para el logro de sus diabólicas ambiciones. Con el conocimiento previo que tenía, en efecto, respecto de diferentes artes necromantes, había conseguido luego aprisionar en el alma de su violín de Cremona las almas amantes de sus dos víctimas.

Los íntimos de Ernesto T. A. Hoffmann, el admirable autor de *El maestro Martin, el tonelero de Núremberg; El elixir diabólico* y otras narraciones místicas y espeluznantes, aseguran que el consejero Crespel, de *El violín de Cremona*, estaba basado en el legendario caso de Paganini, pues, según todos saben, el fantástico cuento narra cómo Crespel el violinista había encerrado en su violín el alma de una diva famosa, a quien había amado con delirio y aun había incorporado a su instrumento la pura alma de Antonia, su propia hija.

Una nación, en fin, como Italia, que había tenido entre sus antepasados a las famosas familias necrománticas de los criminales Borgias y Médicis, bien podía fomentar leyendas como aquélla, máxime cuando cierto período de la juventud de Paganini resulta, en efecto, envuelto en un misterio impenetrable, lo que junto con aquella extraordinaria facilidad con la que sacaba los más extraterrestres sonos de su instrumento, incluso el de la voz humana, bien pudieron dar pábulo a tamaña leyenda terrorífica.

III

Hasta aquellos días de nuestro cuento Franz Stenio no había oído hablar de Paganini. En tales tiempos, precursores del vapor y de la electricidad, la prensa casi no existía, y era más corto el vuelo de la fama.

El muchacho, devorado por la envidia, juró competir con el mago genovés, y hasta superarle si podía. ¡Sí, o alcanzaría ser el atrevido joven, el más famoso de todos los violinistas de su época, o haría añicos su indócil instrumento! El viejo Klaus aplaudió con toda su alma tan heroica determinación.

Frotándose las manos con muestras del más loco contento, Samuel Klaus saltaba alegre sobre su pata coja como un estropeado sátiro, adulando y halagando a su discípulo predilecto, como si cumpliese el deber sagrado de consagrar a un héroe.

Franz era capaz de sufrirlo todo, menos el fracaso. Era indiscutible que tocaba ya como un maestro; pero los críticos severos le habían afirmado que necesitaba unos cuantos años más de labor esforzada antes de que pudiese aspirar al don de arrebatarse a su auditorio. Esto ocurrió hacía tres años, a la llegada a París del discípulo y el maestro. Por último, tras de un estudio desesperado durante más de dos años, en los que puede decirse que Franz no hizo otra cosa, el artista Sleyer le tenía preparada ya su primera audición en el Teatro de la Ópera, ante el público más exigente de mundo. Mas ¡golpe fatal asestado a las floridas ilusiones del artista!, la presentación de Paganini entonces se encargó de dar al traste con tan dorados sueños. ¡Había que esperar, y no poco, ante la refulgente aparición de aquel astro único!

Al principio, el envidioso Franz se contentó con sonreír ante el ciego entusiasmo, los himnos de elogio cantados en loor del italiano y el asombro casi supersticioso con que doquiera oía pronunciar el odioso nombre, pero bien pronto éste llegó a ser para los corazones de entrambos un hierro candente que se los abrasaba. Últimamente, el solo nombre de su rival, cuyos éxitos eran cada día más estupendos, les producía casi accesos de locura.

Concluyó la primera serie de conciertos sin que ni el viejo ni el joven hubiesen podido oír a Paganini y juzgar por sí mismos. Eran tan exorbitantes los precios hasta de los puestos más ínfimos y tan pequeña la esperanza de que aquel grandísimo avaro se mostrase generoso con un humilde y desconocido hermano en el arte que hubieron de resignarse a esperar que la suerte les deparase el medio como a tantos otros les había

acaecido. Pero llegó un día en que les fue imposible aguantar más, y, empeñando sus dos relojes, compraron dos modestos asientos para el concierto.

¿Cómo describir las emociones de aquella noche feliz y fatal al mismo tiempo? El auditorio estaba más enloquecido que nunca: los hombres rugían o lloraban; las damas chillaban histéricas, desmayándose, mientras que Klaus y Stenio, más pálidos que espectros, se mordía los labios en silencio. Al brotar la primera nota del arco mágico de Paganini ambos sintieron un escalofrío sobrenatural, como si la helada mano de la muerte les hubiese tocado en el corazón. Su tortura era violenta, sobrehumana, al par que indescriptible su emoción artística... Acabada la función a media noche, y mientras que delegados escogidos de las sociedades filarmónicas y del conservatorio desenganchaban los caballos del coche del coloso y lo arrastraban en triunfo hasta su casa, los dos cuitados alemanes, tambaleándose como dos ebrios y sin decirse palabra, tristes y desesperados, retornaban a su tugurio, ocupando sus acostumbrados asientos junto al fuego, hasta que Franz, pálido como la misma muerte, rompió el triste silencio, y dijo:

—¡Samuel, Samuel, no nos queda ya más salvación que el morir! ¿Me oís? Nada somos, nada valemos; éramos dos infelices ilusos al creer que nadie pudiese llegar a rivalizar con él, con...

El nombre odioso e impronunciable del mago se le atravesaba en la garganta. Lleno de rabia, impotente, se revolcó por los suelos, desesperado.

El apergaminado semblante del maestro Samuel se tornó lívido primero y congestionado después; sus pequeños y grises ojos despedían una singular fosforescencia. Inclinandose hacia el oído de su discípulo, le dijo, con voz entre cortada y cavernosa:

—¡Nein, nein! ¡Te equivocas, mi Franz amado, te equivocas! Yo te enseñé del divino arte cuanto un simple mortal, cristiano viejo, puede enseñar a otro mortal. ¿Tengo yo la culpa de que estos condenados italianos apelen a los recursos diabólicos de la magia negra, enseñados por Satanás en persona, para poder triunfar sin réplica en el mundo del arte?

Franz, al oír aquello, miró a su maestro de un modo siniestro, echando fuego por sus ojos febriles. Aquella mirada era todo un poema de la desesperación, que parecía decir:

—Si así fuese, ¡yo no tendría tampoco inconveniente alguno en venderme en cuerpo y alma al mismísimo diablo!

Mas nada dijeron sus contraídos labios. Antes bien, apartando el joven la mirada de su maestro, se puso a contemplar como un idiota el mortecino fuego y empezó a soñar: ¡Soñaba, sí, que retornaban como antaño sus incoherentes anhelos; sus ansias, tomadas por realidades en sus años juveniles, cuando hablaba con los gnomos, con las brujas, con las hadas de la selva, inspirando las más extrahumanas melodías a su instrumento! Las siniestras sombras de Tántalo y de Sísifo resucitando como antaño en las peregrinaciones bohemias del joven, parecían decirle con inaudita perversidad:

—¿Qué pueden importarte, tonto, los horrores de un infierno en el que ya no crees? Y

aun en el supuesto de que existiese, ¿qué otro sitio puede ser sino el grandioso lugar descrito con épicos colores por los clásicos griegos, no el de los imbéciles fanáticos modernos, es decir, una vasta región llena de sombras conscientes, entre las cuales podrías acaso gallardearte como un segundo Orfeo?

Franz, indudablemente, enloquecía por momentos. Ya sus ojos, inyectados en sangre, miraban de un modo excesivamente singular a su maestro. Luego, al verse sorprendido, eludía la mirada bondadosa del pobre viejo. Samuel comprendía, en efecto, el estado mental de su discípulo, e hizo cuanto podía por sacarle de él, pero todo fue en vano.

—Franz, hijo mío —le decía—, te aseguro, sí, que el funesto arte de ese italiano no es natural, no, ni debido al estudio ni al genio, ni adquirido, repito, por las vías ordinarias que siguen los demás mortales. Deja de mirarme así, de ese modo tan inquietante, porque lo que te digo no es ya un secreto para nadie. Escucha y comprenderás...

Y haciendo un esfuerzo como para rechazar una sombra de miedo, continuó:

—¿Sabes bien lo que se susurraba acerca de la muerte de Tartini, el de *La danza de las brujas*? Pues que murió un sábado, a altas horas de la noche, estrangulado por su mismo demonio familiar quien antes le diese el secreto aquel de dotar de la voz humana a su violín, encerrando en el alma de su instrumento el alma de una infeliz doncella a quien, al efecto, asesinase. Pues sabe, además, que Paganini ha hecho otra cosa peor todavía, pues, para conseguir otro tanto para su instrumento y hacerle que pueda reír, llorar, gritar, suplicar, blasfemar u orar todo junto, con los más patéticos acentos humanos, ha asesinado no sólo a su mujer y a su querida, sino al amigo más íntimo, que le amaba con delirio, haciendo con su intestino retorcido por él mismo las cuerdas para su violín. ¡De aquí el secreto de su genio mágico y de esas sucesiones de melodías inauditas con las que enloquece a sus públicos a diario! Estas cosas, pues, no puedes conseguir las tú nunca, a menos que...

El anciano no pudo concluir la frase. Algo vio entonces en la mirada diabólica del enloquecido discípulo que le dejó petrificado de espanto, y le hizo cubrirse la cara con las manos para no volver a verlo... ¡Franz tenía un rictus imponente, satánico! Sus ojos de hiena, su palidez de cadáver, lo decían todo...

Con cavernosa voz exclamó dificultosamente al fin:

—¿Pero habláis seriamente?

—¿Qué duda cabe, desde el momento en que os empeño mi palabra de ayudaros, cueste lo que cueste? —respondió Samuel.

—Es decir que —continuó el terrible joven— creéis firmemente que si yo alcanzase a contar con los medios de proporcionarme también intestinos humanos podría igualar a Paganini y aun superarle...

El anciano se descubrió la cara, y como quien ha tomado ya una resolución heroica, añadió de un modo siniestro:

—Los meros intestinos humanos no bastan por sí para el logro de nuestro intento, sino que tienen que haber sido arrancados ellos a alguien que le haya querido a uno con afecto desinteresado y santo. Tartini dotó a su violín con el alma de una virgen que le amaba y que murió por causa de él al ver que su amor hacia el gran músico no era por éste correspondido. Aquel efectivo diablo humano recogió en una redoma el aliento postrero de la doncella y luego lo transfirió a su violín. En lo que atañe a Paganini, conviene añadir que aquel amigo por él asesinado lo había sido con su consentimiento, en medio de la más asombrosa de las renunciaciones. ¡Oh, divino poder de la voz humana, no igualado por ningún otro poder en el mundo! —continuó el viejo—. ¿Qué magia hay en la tierra que pueda igualarse a la suya? Yo os habría enseñado también este magno, este último secreto, si no fuese porque ello equivale a arrojarse para siempre en las garras de aquel, cuyo nombre no puede pronunciarse de noche... —añadió el anciano tornando a las supersticiones de su juventud.

Franz, en lugar de responder, se levantó de su asiento con una tranquilidad que daba frío; descolgó su violín y, de un tirón salvaje, le arrancó las cuerdas y las echó al fuego. Las cuerdas, al quemarse, parecían silbar y retorcerse como serpientes en las ascuas. Samuel dio un grito horrorizado.

—Por todas las brujas de Tesalia y por las negras artes todas de Circe, la perversa maga; por el mismísimo Plutón y todas sus infernales furias, te juro, ¡oh, mi santo maestro Samuel!, que no volveré a coger este violín en las manos hasta que le ponga cuerdas humanas.

Y, echando espumarajos de rabia, cayó al suelo sin sentido. El pobre maestro le alzó con ternura de madre; le depositó suavemente en el lecho y voló en busca de un médico, alarmadísimo...

IV

Franz Stenio luchó varios días entre la vida y la muerte. El médico diagnosticó una fiebre cerebral, de la que todo podía temerse. Yacía el joven en un casi continuo delirio, y Klaus, que le cuidaba noche y día con verdadera solicitud paternal, estaba horrorizado de su propia obra. El viejo profesor, no obstante los años que llevaba tratando a su discípulo, no había comprendido hasta entonces toda la nativa brutalidad de aquella alma selvática, supersticiosa e impasible, cuya vida entera habíase refugiado en la pasión por la música tan sólo, alma que únicamente podía alimentarse del aplauso, alma terrenal, inhumana; alma genuina de artista, pero con la parte divina ausente en absoluto de aquel hijo de las musas, toda imaginación y poesía cerebral, pero sin corazón, sin piedad.

Más de una vez, al seguir el inasequible hilo de aquella delirante fantasía, el buen anciano se creía transportado por vez primera a una región inexplorada, absurda de locura, cual si aquella naturaleza psíquica, encerrada en el débil cuerpo del enfermo, no fuese de esta Tierra, sino de algún otro planeta informe o incompleto. El terror ante todo ello le tenía también enfermo ya a él, y hasta llegó a preguntarse si valdría la pena salvar la vida de aquella criatura infernal o dejarla morir piadosamente antes de que recobrase el uso de sus sentidos.

Amaba, no obstante, demasiado a «su hijo» para así hacerlo, por lo que en el acto rechazó su mente esta última idea. Franz había hechizado el alma esencialmente música del maestro, y no parecía sino que la vida de los dos se hallaba ligada con un vínculo irrompible por el hado mismo. Semejante convicción, adquirida en un vivo rayo de luz de espiritual a la cabecera del enfermo, le decidió al fin, como si fuese una revelación, a salvar al muchacho, aun cuando fuese a costa de su ya gastada e inútil vida.

Era aquel séptimo día de enfermedad. La crisis de la mañana fue la más terrible de cuantas habían asaltado hasta entonces al joven, quien llevaba ya veinticuatro horas sin cesar de disparatar ni de cerrar los ojos y describiendo con macabra minuciosidad sus detalles más nimios. Espectros espantosos; sombras siniestras de crimen flotaban en sarta inacabable en los ámbitos aquellos, sarta cuyos personajes eran puntualmente nombrados y designados por el enfermo como si se tratase de antiguos conocidos. Creíase un nuevo Sísifo, atado al peñasco del Cáucaso con los cuatro fragmentos de intestino transformados en otras cuerdas de violín... Un río Stix, no de negras aguas, sino de roja sangre, corría a sus pies de condenado eterno, y añadía enloquecido:

—¿Deseas, ¡oh, infeliz anciano!, saber cómo se llama esta roca de mi Cáucaso? ¡Pues se llama Samuel Klaus, aquel pobre viejo que me enseñó a tocar el violín!

—¡Oh, sí, yo soy, yo solo, la causa de tu desgracia, hijo mío! —le contestaba éste llorando y cogiéndole las manos con desesperación—. ¡Yo mismo, al tratar de consolarte, te he matado imprudentemente, pues he herido de muerte a tu imaginación al informarte acerca de las negras artes de Paganini!

—¡Ja, ja, ja! —replicaba el enfermo con horrísona carcajada satánica—. Pobre viejo chocho, ¿qué es lo que me dices? ¡Tu carne es deleznable! ¡Yo la cortaré así!... ¡Tú no vales nada y sólo parecerías bien extendido tu intestino sobre un buen violín de Cremona y metida en su alma el alma tuya!

Klaus sintió un escalofrío mortal, pero guardó silencio, e inclinándose sobre la frente del joven, abrasada por la fiebre, depositó en ella un beso largo y amantísimo..., saliendo unos instantes fuera de la estancia porque sentía que le ahogaba la desesperación. Al retornar de allí a poco, el delirio había tomado otro curso. Franz cantaba, tratando de imitar las notas de su violín, con la misma satisfacción salvaje que si ya tuviese tendidos en éste, a guisa de cuerdas, los intestinos del maestro.

Por la tarde el delirio revistió una forma imposible de describir. Ígneos espíritus metían en la hoguera a su queridísimo instrumento. Manos esqueléticas, manos que eran las del joven, brotando chispas y llamas por todos sus dedos, hacían señas al viejo para que se acercase, y abrirle en canal con absoluta rapidez, ¡para disecarle ferozmente a él, a Samuel Klaus el maestro, «el único hombre que, al amarle tan tierna y desinteresadamente, era el único también cuyos intestinos podían serle de alguna utilidad al mundo!».

Al otro día, y como por encanto, la fiebre cesó, y dos días después Stenio pudo dejar el lecho sin conservar recuerdos de su enfermedad y sin sospechar que en sus delirios había dejado a Klaus leer en el fondo de sus más secretos pensamientos... El único resultado fatal de la enfermedad fue aquella que, firme el joven en su promesa al arrancar de su violín sus antiguas cuerdas, y careciendo su indomable pasión artística de semejante válvula, se sumió en el estudio de la alquimia, la quiromancia y demás artes ocultas con tanta y mayor pasión que la que antes sintiera por la música.

Pasaron semanas y aun meses, y ni el maestro ni el discípulo mentaron siquiera a Paganini. El violín, sin cuerdas y cubierto de polvo y telarañas, oscilaba colgando en su sitio, olvidado y mudo, y en medio de la profunda melancolía que se había apoderado de entrambos apenas si cruzaban la palabra. Diríase que el violín no era sino un cadáver que la fatalidad había interpuesto entre los dos. Sarcástico y sombrío, el joven evitaba cuidadosamente toda conversación sobre la música.

Para sondear un tanto en el alma del joven y saber lo que pasaba en ella, cierto día el anciano sacó de su caja su olvidado violín y se puso a tocar no sé qué tarantela. A las primeras notas Franz experimentó una sacudida nerviosa semejante a un latigazo, pero nada dijo. Los ojos se le salían de las órbitas y escapó al fin como un loco, vagando al azar

por las calles de París durante muchas horas, mientras que el buen Klaus arrojó su instrumento y se encerró en su alcoba hasta el otro día.

Como se ve, aquello no podía continuar así.

Una noche, en la que el joven Stenio estaba más sombrío e imponente quizá que nunca, el viejo maestro se levantó repentinamente de su silla y, dirigiéndose con resolución hacia su discípulo amado, imprimió un largo beso en la frente de éste, diciéndole amoroso:

—Franz querido: esto no puede continuar así. ¿No crees que es llegado el tiempo de poner fin a nuestra violenta situación?

Franz despertó sobresaltado de su letargo habitual, respondiendo como en sueños:

—Cierto: ya es tiempo más que sobrado de ponerle fin.

Ambos se fueron a acostar sin decir palabra.

Al otro día no vio Franz al anciano en su sitio de costumbre. Se vistió y pasó al comedor que separaba las dos alcobas. Ni el fuego había sido encendido aquel día, como era el hábito de Samuel, ni se veía otra huella alguna de las ordinarias ocupaciones del maestro. Franz, extrañado de todo aquello, se sentó en su sitio de siempre al lado de la apagada chimenea, cayendo en su eterna obsesión, obsesión de la que salió extrañamente al extender las manos hacia atrás para cruzarlas tras su cabeza; chocaron ellas con algo que estaba en el estante de detrás y que cayó al suelo con estrépito... ¡Era la caja del violín del pobre Klaus, que caía rodando a los pies de su discípulo y vaciaba su contenido, su violín mismo, cuyas cuerdas, al dar de plano contra la chimenea, produjeron algo así como un quejido lastimero! El efecto que aquello produjo en el joven fue mágico.

—¡Samuel, Samuel! —gritó sin hallar respuesta—. ¿Qué es lo que pasa? —añadió, dirigiéndose ansiosamente hacia la alcoba de éste.

Mas en aquel punto retrocedió espantado ante el eco de su propia voz, que no lograba contestación alguna... La habitación estaba a oscuras, y al abrirla vio que Samuel Klaus yacía sobre su lecho, rígido y frío... ¡Estaba muerto!

El choque fue terrible. La loca ambición del artista fanático no dejó ni lugar casi al primer impulso de afecto hacia aquel amado muerto a quien tanto debía... Iba, pues, a obrar en el acto, como era de temerse, cuando su vista perturbada se fijó en un escrito dirigido a él y que decía:

Franz, hijo querido. Cuando leas ésta, tu viejo maestro, tu amigo, habrá hecho ya el mayor sacrificio que por el logro de tu ideal de fama y riqueza podía. El que te amó tanto, hele ya aquí frío e inerte. Ya sabes lo que te corresponde hacer... ¡Fuera necias preocupaciones! Yo, libre y espontáneamente, te he ofrendado mi cuerpo, en holocausto a tu fama futura, y realizarías la más negra de las ingratitudes si, por timidez o cobardía, hicieses inútil este sacrificio mío. Cuando tu amado violín se vea con sus nuevas cuerdas y estas cuerdas sean una parte de mi propio ser, aquél

se verá ya investido del mismo secreto mágico del célebre Paganini. En ellas, en mis cuerdas, encontrarás, siempre que quieras, los ecos de mi voz, mis gemidos, mis cantos de amor y de bienvenida, los acentos todos más patéticos, en fin, de mi inmenso amor hacia ti... Así, pues, mi Franz idolatrado, ¡nada temas; nada vaciles! Coge triunfalmente tu instrumento y lánzate al mundo siguiendo los pasos de aquel que sembró la desesperación y la desgracia en la senda de nuestras ilusiones... Preséntate altanero en cuantos lugares él se presente a los públicos; búrlate de él y rétales al más gallardo de los desafíos. Entonces alcanzarás a comprender y a oír, oh, Franz querido, cuán potentes son siempre las notas de todo amor desinteresado, y en la última caricia de aquellas cuerdas te acordarás de que son el cuerpo y el alma de tu abnegado maestro que, por última vez, te abraza y te bendice,

Samuel

Dos ardientes lágrimas pugnaron por brotar de los ojos del enloquecido Stenio, pero se evaporaron antes casi de surgir, mientras que aquéllos, con fulgores demoníacos nacidos de un orgullo y de una ambición sin límites, se fijaron con fruición en el yerto cadáver. La pluma se resiste a escribir lo que allí pasó más tarde, una vez que se cumplieron los trámites de la ley con el suicida, porque conviene advertir que el abnegado Samuel Klaus lo había previsto todo para asegurar la impunidad de su discípulo, escribiendo una carta a la justicia para que a nadie le culpase de su muerte.

Después de un casi simulacro de autopsia por parte de las autoridades judiciales, allí quedó el cadáver del pobre Klaus, a la completa voluntad de su heredero...

* * *

No habían transcurrido bien quince días, después de aquel de la desgracia, cuando ya estaba el violín de Franz descolgado de su sitio, desempolvado, limpio y con sus cuatro flamante cuerdas nuevas. Su dueño, el impasible Franz Stenio, no se atrevía ni a mirarlas. Quiso tocar, pero el mismo arco parecía temblar en sus manos como el puñal en las del asesino novicio. Resolvió entonces no tocar hasta el memorable día aquel en que había de rivalizar con el odiado Paganini, y aun superarle, sin duda. Por entonces el estupendo artista no se encontraba ya en París, sino que recorría triunfal las ciudades flamencas de Bélgica.

V

Pocos días después de lo narrado, se hallaba el maestro Paganini en el comedor de su hotel, de regreso de su concierto de aquella noche y rodeado de sus constantes admiradores, cuando se le acercó un extraño joven, de mirada extraviada y selvática, que le entregó una tarjeta, con unas cuantas líneas de lápiz.

Paganini lanzó sobre el intruso una de aquellas mágicas miradas suyas que pocos hombres podían soportar cara a cara; pero se encontró, como vulgarmente se dice, con la horma de su zapato, puesto que el joven, sin bajar la vista, la sostuvo como de potencia a potencia. Le saludó entonces fríamente, y le dijo con toda sequedad:

—Estoy a vuestra completa disposición, caballero. Fijad la noche, y se hará como deseáis.

Al otro día la ciudad entera supo estupefacta que se preparaba para una noche inmediata un desafío singular: el que entrañaba el cartel siguiente, fijado en todas las esquinas:

En la noche de..., en el gran Teatro de la Ópera, debutará ante el respetable público el joven artista alemán Franz Stenio, quien ha venido ex profeso a esta población con el solo objeto de medir sus dotes musicales como violinista con el maravilloso maestro Paganini, compitiendo con el artista famoso en la interpretación de sus más difíciles composiciones. Aceptado noblemente el reto por el maestro sin rival, Franz Stenio ejecutará en competencia con él, el conocido capricho fantástico que lleva el título de *Danza de las brujas*.

El efecto de la noticia aquella no pudo ser más delirante, cosa bien prevista por el avaro Paganini, que, no perdiendo nunca de vista su negocio, miraba a él tanto y más que su propio arte. Había así doblado el precio de las localidades aquella memorable noche, no obstante lo cual el gran teatro se llenó de bote en bote.

Llegado el día del certamen, no se hablaba de otra cosa en la ciudad y aun en las vecinas. De los ojos de Stenio el sueño había huido, y toda la noche anterior la había pasado en su habitación más inquieto que la fiera en su cubil, cayendo sobre su cama al amanecer, agotado física y moralmente, cayendo, digo, en un estado comatoso que no parecía sino el prólogo de su muerte.

Entonces, tuvo esta macabra pesadilla, que parecía realidad más bien que ensueño.

El violín estaba sobre la mesa inmediata, encerrado en su caja con llave, que el joven nunca desamparaba desde el día en que le pusiese impávido las consabidas cuerdas, y a las que no había rozado ni una sola vez con su arco. Desde el famoso día aquel se había ejercitado en otro instrumento.

Súbito, el dormido joven creyó ver completamente despierto como si la tapa de la caja se levantase por sí misma dejando ver el cadáver del viejo Klaus, con sus fosforescentes ojos abiertos, que le miraban suplicante, mientras que una cavernosa al par que difusa voz, la del propio Samuel Klaus, le decía:

—¡Franz, hijo querido, soy muy desgraciado en esta mi nueva vida de ultratumba, porque no puedo, no, separarme de... ellas, de las cuerdas!

Éstas, como respondiendo telepáticamente a la angustia de su dueño el anciano, parecieron sonar débilmente, como un gemido...

Aquello le dejó a Franz transido de espanto; sus cabellos se erizaban y su sangre se le helaba en las venas.

—¡Esto no es más que un sueño, un vano sueño! —repetía maquinalmente, para en vano darse alientos.

—¡Sí, he hecho todo lo posible, hijito, todo lo posible para desprenderme de estas malditas cuerdas, pero todo inútil! ¿Podrías ayudarme tú, que estás aún vivo?

Los sonidos se fueron agudizando más y más, hasta hacerse chillones y estridentes, mientras que, dentro de la caja y en toda la cavidad de la mesa, un arañar extraño como de ratas, un zumbar como de enjambre de abejas, bordoneaba angustioso y horrible.

Aquellos ruidos le eran bien familiares al miserable Franz, pues que los había observado a menudo desde la tarde en que había operado el macabro despojo para colocarle como pedestal de su loca ambición, pero hasta entonces había logrado persuadirse, mejor o peor, de que se trataba de una alucinación.

Aquello era, sin embargo, bien real, dolorosamente real. Quiso hablar, pedir socorro, huir; pero, como sucede siempre en tales casos de pesadilla, los pies quedaron clavados en el suelo y la voz expiró en su garganta. Aquellos saltos y sacudidas eran cada vez más angustiosos, hasta que llegó un momento en que sonaron unos estallidos como de algo que se rompiese dentro de la caja. La visión de su violín ya sin cuerdas mágicas le sumía en la desesperación.

Hizo entonces el joven un supremo esfuerzo por libertarse del íncubo que le obsesionaba, mientras que la vocecita suplicante de siempre repetía:

—¡Hazlo, hazlo por lo que más ames; hazlo por ti mismo si no, y ayúdame a desprenderme de mi...!

Franz saltó hacia la entreabierta caja como el avaro a quien tratan de robarle su tesoro, o como fiera a quien disputan su presa, y, en el paroxismo de su desesperación, rugió furioso crispando las manos:

—Diablo, monstruo, o lo que seas, ¡deja quieto mi violín!

Y, mientras tal decía, sujetó la caja con su izquierda y aseguró la tapa, al par que, con la derecha, dibujaba sobre ésta, mediante un trozo de la colofonia del arco, la famosa pentalfa, el sello salomónico, con el que en los cuentos de *Las mil y una noches* aprisionaba el rey en sus redomas a huestes enteras de los jinas rebeldes.

Un aullido de protesta resonó en el interior de la cerrada caja.

—¡Eres un perverso ingrato, mi amado Franz! ¡Sin embargo, te perdono tu insolencia, por lo mismo que te amo! Sabe bien, no obstante, que no puedes encerrarme. ¡Mira!...

Y, al decir esto, una oscura niebla surgió del seno de la cerrada caja, extendiéndose por la estancia toda y envolviendo en sus frías y viscosas volutas el cuerpo del aterrorizado Franz, cual los anillos de la serpiente antes de estrangular a su víctima. A su contacto de insoportable angustia, el desventurado dio un agudo grito y despertó...

—No ha sido sino un mal sueño —exclamó abrumado el joven, oprimiendo contra su corazón la caja de su Stradivarius.

Su violín, en efecto, estaba allí, e intactas sobre su puente sus preciadas cuerdas mágicas, con lo que recobró al punto su sangre fría de siempre. Limpió seguidamente y con esmero el instrumento, dio resina a las cerdas del arco, puso en tensión las cuerdas, templándolas, y hasta llegó a ensayar las primeras notas de *Las brujas*, primero con miedo y luego con denodados bríos.

Aquellas primeras notas de la obra, insultantes y altivas cual himno de combate, al par que dulces y majestuosas cual arpegios de serafines, revelaron al hábil Franz una nueva y gigantesca potencia en su arco. En los ligados de notas que después venían, veíanse surgir iris maravillosos, cataratas de luces, tibias, perfumadas, ultraterrestres..., cual en un supremo himno de amor, de juventud y de eterna primavera. Aquellas armonías, nunca oídas, parecían poder hacer que los ríos detuviesen su curso, que las montañas se trasladasen de sitio y hasta que los poderes del infierno inexorable se entermeciesen de piedad... Los *legato* se convirtieron en singulares arpegios y terminaron por unos acres *staccato*, semejantes a la carcajada de una harpía infernal... De nuevo asaltaron entonces a Franz los terrores astrales de la pesadilla; reconoció en aquella carcajada la propia voz de su anciano maestro Samuel y arrojó acobardado el arco.

No atreviéndose a continuar aquella evocación musical brujesca, encerró cuidadosamente en su caja el terrible instrumento; lo llevó al comedor, y, vistiéndose con el mayor esmero, se dio a esperar lo más tranquilamente que pudo la hora solemne de marchar a la palestra.

VI

El momento supremo llegó: Franz Stenio se hallaba en su puesto, tranquilo y sonriente. El teatro estaba lleno, de bote en bote, y mucha gente había quedado fuera pretendiendo entrar por dinero o por favor. Un río de oro desaguaba, pues, en el bolsillo del avaro Paganini, seguro, además de su triunfo artístico.

Tocábale empezar al famoso maestro. Cuando, dueño perfecto del público, salió a escena con su Stradivarius, estalló una frenética tempestad de aplausos, que duró largo rato, haciendo retemblar las paredes del salón. En medio del más religioso silencio, preludió sus célebres variaciones de *La bruja*, interrumpidas por mal contenidos «¡bravos!». Al acabarlas de un modo prodigioso, aquello fue el delirio de entusiasmo, haciendo creer al joven Stenio, durante largo rato, que su turno no le llegaría nunca, o que el público, creyendo insuperable la ejecución que acababa de oír, ni se prestaría a escucharle siquiera. Por fin, el maestro, abrumado por tantos lauros, pudo retirarse del escenario, pero no sin tropezar su desdeñosa mirada triunfal con la serena y retadora del joven Franz, que se disponía para su faena.

La frialdad más glacial acogió las primeras notas de Stenio, sin que el presagio de tan mal comienzo le desconcertase lo más mínimo. Pálido, erguido, sereno, con la más despreciativa sonrisa en sus delgados labios, continuó, sin embargo, impassible y seguro de sí mismo.

Al avanzar las notas del prelude, una extraña reacción se operó en el público. Sí, aquella hábil factura musical era la misma de Paganini, se dijeron pronto todos, pero era algo más también, sin disputa. No pocos llegaron a pensar que jamás había mostrado tan extraordinaria originalidad el artista italiano, ni aun en sus momentos más sublimes. Las cuerdas aquellas, pisadas por los largos y enérgicos dedos del joven Stenio, vibraban, temblaban sobrehumanas, cual los intestinos aún palpitantes de la víctima bajo el escalpelo del disector, gimiendo en extraña melodía, como el lamento angélico de un niño moribundo. Aquéllas no eran, no, las resonancias ordinarias de unas cuerdas, sino notas de la lira de Orfeo, evocadas por la mirada satánica y siempre fija en ellas de aquellos sus ojazos azules. En torno, sí, de aquel novísimo mago del arte, los sonidos parecían colorearse y tomar formas tangibles, como criaturas brotadas de las cuerdas al conjuro del joven artista, criaturas infernales, informes, burlonas, proteicas, en la más brujesca de las danzas macabras, mientras que allá en las sombrías interioridades del escenario parecían

estarse representando al par las mayores lubricidades, los más sabáticos y monstruosos himeneos...

El público se vio, así, presa bien pronto de la más inevitable alucinación colectiva. Paralizados todos, e impotentes para romper el peligroso encanto, todos yacían pálidos y jadeantes, acurrucados en sus asientos respectivos, con el frío sudor de la muerte. Todas las delicias del opio, todos los ensueños mórbidos de los paraísos artificiales ensañados en sus pipas por los más perturbados fantaseadores coránicos, con huríes seductoras en cuyos labios de fuego libasen a un tiempo la vida y la muerte, estaban allí, y el público entero vivía, horrorizado y agónico, el veneno de aquel enloquecedor delirio... Las señoras chillaban y se desmayaban, los hombres rechinaban los dientes y crispaban las manos con ardores de calentura...

Llegó, así, el *finale*, a un tiempo mismo anhelado y temido, después de un verdadero terremoto de entusiasmo y frenesí. Un último y radiante saludo del joven Stenio, y hele ya alzando su arco para atacar triunfante el allegro famoso. Entonces, sus ojos tropezaron un momento con los de Paganini, quien, sentado tranquilamente en el palco del empresario, no se había quedado atrás en sus aplausos, aunque sus ojillos, negros y penetrantes como puñales, mostraban la más impasible indiferencia, fijos no en Franz, sino en las misteriosas cuerdas del Stradivarius. Aquello estuvo a punto de turbar al joven, pero se repuso, y dejando caer gallardamente el arco, dio, al punto, las primeras notas.

El entusiasmo del público llegó entonces a su paroxismo, porque era ya indudable que las mágicas voces de mil brujas sonaban allí mismo en los ámbitos de la escena. Aquí ladraban con ella rabiosos perros y aullaban lobos y tigres famélicos, allá silbaba la serpiente venenosa, chirriaba la corneja, rugía el león, gemía el viento, estallaba el trueno, cantaban, al par, en fin, el ruiseñor y el grillo... Luego, el cromatismo de las últimas escalas no parecía sino las desenfrenadas carreras y vuelos de las malditas, en una saturnal sin precedentes en las noches de Walpurgis...

Pero en los momentos mismos de aquella satánica apoteosis del delirio; en mitad de una de las escalas cromáticas postreras, acaeció una cosa extraña sobre toda ponderación. Los sonidos se habían hecho inconexos, contradictorios, inarmónicos, absurdos, mientras que del fondo de la caja sonora surgía la voz cascada y chillona del anciano Samuel Klaus, que, espeluznante y mortal, le decía:

—¿Cumplí o no cumplí mi promesa, Franz, hijo querido? ¿Estás ya, pues, contento de mí y de mi sacrificio?

A la diabólica aparición de aquella voz, el encanto funesto quedó roto al punto, y libre ya con ello el público de la fascinación que le había dominado hasta entonces, prorrumpió en carcajadas estruendosas, en burlas y en silbidos. Los músicos de la orquesta, pálidos aún por las emociones macabras anteriormente sufridas, se desternillaban de risa sobre sus atriles, y el auditorio en masa se levantó y requirió la puerta riendo ruidosamente, aunque sin acertar con la clave del enigma. Mas bien pronto hubo de quedarse petrificado todo aquel agitado mar de butacas y palcos, porque todos los circunstantes percibieron algo que

les heló de espanto. Las hermosas facciones juveniles de Franz Stenio cambiaron y envejecieron en un segundo; su gallardo cuerpo se encorvó al instante como bajo el peso de los años... Los más sensitivos fueron más allá aún en sus evidencias, puesto que, surgiendo del cuerpo de Franz como un vapor giratorio y opalino, pronto vieron formarse una blanca nube que se contorneó en derredor de esta otra forma más amplia y amenazadora: la del viejo maestro Samuel Klaus, gruñona y grotesca, con el vientre sangrando y con los intestinos tendidos sobre la caja del violín, mientras con frenético movimiento, ya de un condenado eterno, Franz rascaba y rascaba con su arco sobre aquellas cuerdas humanas, como esas figuras malditas talladas en los románicos capiteles del medioevo...

El pánico fue general: cada cual ganó enloquecido la puerta exterior como mejor pudo, aterrados por los estallidos consecutivos como cuatro grandes truenos de las cuerdas fatídicas, que se arrancaban con violencia de la pontezuela del maldito violín.

* * *

Los pocos que acudieron a la escena para socorrer al desdichado artista le hallaron con el violín hecho pedazos y con las cuerdas enrolladas en su cuello, como serpientes vengadoras que lo acababan de ahogar.

* * *

Cuando la gente de fuera se hubo informado del desgraciado fin de Franz Stenio, sin dejar para pagar su entierro ni la cuenta de su hotel, Nicolás Paganini, aunque avaro siempre y en todo momento, se apresuró a satisfacer ambas por entero, y a recoger también hasta las últimas astillas del destrozado violín.

¿Por qué lo haría?

UNA VIDA ENCANTADA

(TAL COMO LA REFIRIÓ UNA PLUMA)

INTRODUCCIÓN

LAS TORTUOSAS CALLES de A..., pequeña ciudad renana, se veían sepultadas bajo un densísimo manto de niebla una fría noche del otoño de 1884. Los moradores se habían ya retirado hacía horas, buscando en el sueño el descanso para sus laboriosas tareas del día. Todo era reposo, silencio, soledad y tristeza en aquellos ámbitos vacíos...

También yo me hallaba en mi lecho; pero, ¡ay!, de bien diferente manera por el dolor y la enfermedad que en él me retenían desde hacía varios días. El silencio en torno mío en aquella noche de misterio era tal que, según la paradójica frase de Longfellow, hasta se oía el silencio mismo. Percibía claramente hasta el latido de mi propia sangre al circular violenta por mis miembros doloridos, y mi sobreexcitada imaginación me llevaba como a escuchar el susurro de una voz humana musitando no sé qué misteriosas cosas en mi oído. No parecía sino que era un eco transmitido desde largas distancias en una de esas gargantas de montaña tan solitarias como maravillosamente resonantes que pueden transmitir una palabra a media milla cual por un tubo acústico. Era, sí, la voz tan familiar para mí desde hace tantos años: la voz de uno de esos grandes seres a quienes no se les puede conocer sin sentirse en el acto presa de la más viva veneración, y a quien, en los trances más crueles del paroxismo de mis dolores mentales y físicos, siempre he debido la luz de un rayo de consuelo y de esperanza...

—¡Olvida tus propios dolores —me decía aquella suavísima e inefable voz— apartando tu imaginación de ellos! Piensa en días felices y pretéritos; en las lecciones que tantas veces has recibido acerca de los grandes misterios de la naturaleza, verdades que los

hombres, ciegos a toda luz espiritual, tanto se obstinan en no querer ver. Quiero hoy añadirte a tales enseñanzas otra relativa a una vida extraña de ese ser que tienes ahí delante, precisamente tras las vidrieras de esa casa tristona de enfrente.

Y, diciendo esto, la voz parecía querer revelarme algo muy claro: el misterio de un alma tras las paredes de la casa frontera. Los densos jirones de niebla que lamían la fachada como fantasmas fueron desapareciendo, y una claridad brillante y suave cual la de la luna parecía tender, por decirlo así, un puente encantado entre mis ojos y la casa aquella, cuyas paredes acabaron como por hacerse transparentes a mi mirada, dejándome ver con toda limpidez el interior de una habitación pequeña, como de un chalet suizo, con negruzcas paredes llenas de estantes con libros, manuscritos y arcaicos decorados. De pechos sobre una oscura mesa de nogal veíase un viejo mal encarado, un espectro casi, según lo amarillo y extenuado que se hallaba, con sus ojillos penetrantes y sus manos de marfil, escribiendo a la luz de la fúnebre lámpara, que apenas si servía para hacer más densas las tristezas y oscuridades de aquel pobre recinto.

Un instante después, al ir a hacer un movimiento involuntario como para ver mejor aquel cuadro, diría que todo él por entero, es decir, habitación, libros, espectro, etc., atravesando el puente de argentina luz astral que cruzaba la calle, habíase trasladado frente a mí hacia los pies de mi cama.

—Presta atento oído al rumor de esa pluma al rasgar el papel —continuó diciéndome la voz misteriosa, tan distante y, sin embargo, tan cercana—. Así alcanzarás a saber por la pluma misma la más espeluznante y real de las historias de dolor que imaginar te puedes, olvidándote de tus propios sufrimientos y acortando las terribles horas de esta noche de insomnio. ¡Ensayá, pues! —añadió, repitiendo la tan conocida fórmula de cabalistas y rosacruces.

Ensayé, al punto, como se me ordenaba, concentrando toda mi atención en la imponente figura del anciano, quien parecía no darse ni cuenta de mi presencia. Al principio, el rasgueo de la pluma de ave de éste me resultaba casi imperceptible, pero poco a poco fue haciéndose más claro y comprensible para mí, cual si aquel personaje de misterio estuviese relatando en alta voz aquello mismo que escribía. Pero no; los labios de aquel espectro viviente no se desplegaban ni un instante para pronunciar la palabra más ínfima. La voz, por otra parte, era vaga, vacía cual acentos de seres de otro mundo, y cada letra y palabra un fulgor lívido y fosfórico parecía brotar bajo los puntos de la pluma, a la manera de un fuego fatuo, no obstante hallarse, quizá, el ser que delante tenía, a muchos miles de millas de Alemania, cosa nada infrecuente en el encantado misterio de la noche, cuando, en alas de nuestra mágica imaginación «aprendemos bajo los destellos de sidérea sombra el sublime lenguaje del otro mundo», que Lord Byron diría. Los clichés astrales de mis ojos y oídos internos se impresionaron de un modo indeleble con las frases aquellas, así que hoy no tengo sino copiarlas para transmitir las como las recibí, con riesgo de que las toméis por una novela forjada de propósito, acerca de un personaje fantástico, cuyo verdadero nombre averiguar no pude.

Ora la aceptéis como realidad, ora la aceptéis como cuento, espero, sin embargo, que ha de resultaros del más vivo interés.

Empiezo.

I

EL DESCONOCIDO

Nací en una aldeíta suiza; un grupo de míseras cabañas enclavado entre dos glaciares imponentes, bajo una cumbre de nieves perpetuas, y a ella, viejo de cuerpo y enfermo de espíritu, me he retirado desde hace treinta años, para esperar tranquilo, con mi muerte, el día de mi liberación... Pero aún vivo, acaso sólo para dar testimonio de hechos pasmosos sepultados en el fondo de mi corazón: ¡todo un mundo de horrores que mejor quisiera callar que revelar!

Soy un perfecto abúlico, porque, debido a mi prematura instrucción, adquirí falsas ideas, a las que hechos posteriores se han encargado de dar el mentís más rotundo. Muchos, al oír el relato de mis cuitas, las considerarán como absolutamente providenciales, y yo mismo, que no creo en providencia alguna, tampoco puedo atribuirlos a la mera casualidad, sino al eterno juego de causas y efectos que constituyen la vida del mundo. Aunque enfermo y decrepito, mi mente ha conservado toda la frescura de los primeros días, y recuerdo hasta los detalles más nimios de aquella terrible causa de todos mis males ulteriores. Ello me demuestra, bien a pesar mío, la existencia de una entidad excelsa, causa de todos mis males, entidad real, que yo desearía fuese tan sólo mera creación de mi loca fantasía... ¡Oh, ser maldito, tan terrible como bondadoso! ¡Oh, santo y respetado señor, todo perdón: tú, modelo de todas las virtudes, fuiste, no obstante, quien amargó para siempre toda mi existencia, arrojándome violentamente fuera de la égida monótona, pero segura y tranquila, de lo que llamamos vida vulgar: tú, el poderoso que, tan a pesar mío, me evidenciaste la realidad de una vida futura y de mundos por encima del que vemos, añadiendo así horrores tras horrores a mi mísero vivir!

Para mostrar bien mi estado actual, tengo que interrumpir y detener la vorágine de estos recuerdos, hablando de mi persona. ¡Cuánto no daría, sin embargo, por borrar de mi conciencia ese odioso y maldito yo, causa de todos nuestros males terrenos!

Nací en Suiza, de padres franceses, para quienes toda la sabiduría del mundo se encerraba en esa trinidad literaria del barón de Holbach, Rousseau y Voltaire. Educado en las aulas alemanas, fui ateo de cabeza a pies, y empedernido materialista para quien no podía existir nada fuera del mundo visible que nos rodea, y menos un ser que pudiese estar encima de este mundo y como fuera de él. En cuanto al alma, añadía, aun en el supuesto de que exista, tiene que ser material. Para el mismo Orígenes, el epíteto de *incorporeus*

dado a Dios sólo significa una causa más sutil, pero siempre física, de la que ninguna idea clara podemos formar en definitiva. ¿Cómo, pues, va ella a producir efectos tangibles? Así, no hay por qué añadir que miré siempre al naciente espiritualismo con desdén y asco, y casi con ira también las insinuaciones religiosas de ciertos sacerdotes, sentimientos que, a pesar de todas mis tristes experiencias, conservo aún.

Pascal, en la parte octava de sus *Pensamientos*, se muestra indeciso acerca de la misma existencia de Dios. «Examinado, en efecto, por doquiera si semejante Ser supremo ha dejado por el mundo alguna huella de sí mismo, no veo doquiera sino oscuridad, inquietud y duda completa...». Pero, si bien en semejante Dios extracósmico jamás he creído, ya no puedo reírme, no, de las potencialidades maravillosas de ciertos hombres de Oriente, que les convierten virtualmente en unos dioses. Creo firmemente en sus fenómenos, porque los he visto. Es más, los detesto y maldigo cualquiera que sea quien los produzca, y mi vida entera, despedazada y estéril, es una protesta contra tal negación.

Por consecuencia de unos pleitos desgraciados, al morir mis padres perdí casi toda mi fortuna, por lo cual resolví, más por los que amaba que por mí mismo, labrarme una fortuna nueva, y aceptando la propuesta de unos ricos comerciantes hamburgueses, me embarqué para el Japón, en calidad de representante de la casa aquella. Mi hermana, a quien idolatraba, había casado con uno de modesta condición.

El éxito más franco secundó mis empresas. Merced a la confianza en mí depositada por amigos ricos del país, pude negociar fácilmente en comarcas poco o nada abiertas entonces a los extranjeros. Aunque indiferente por igual a todas las religiones, me interesó de un modo especial el budismo por su elevada filosofía, y en mis ratos de solaz visité los más curiosos templos japoneses, entre ellos parte de los treinta y seis monasterios budistas de Kioto: Day-Bootzoo, con su gigantesca campana, Enarino-Iassero, Tzeonene, Higadzi-Hong-Vonsi, Kie-Misoo y muchos otros. Nunca, sin embargo, curé de mi escepticismo, y me burlaba de los bonzos y ascetas del Japón, no menos que antes lo hiciera de los sacerdotes cristianos y de los espiritistas, sin admitir la posibilidad más nimia de que pudiesen aquéllos poseer poderes extraños inestudiados por nuestra ciencia positiva. Ridículos en el más alto grado, además, me resultaban los supersticiosos budistas, buscando hacerse tan indiferentes para el dolor como para el placer, por el dominio de las pasiones.

Un día fatal y memorable, entablé amistad con un anciano bonzo denominado Tamoorá Hideyeri. Con él visité el dorado Kwon-On, y de su gran saber aprendí no poco. No obstante la devoción y afecto que por él sentía, no perdonaba nunca la ocasión propicia de burlarme de sus sentimientos religiosos; pero era de tan dulce condición como ilustrada, y a fuer de buen budista, jamás se me mostró ofendido lo más mínimo por mis sarcasmos, limitándose a responder imperturbable: «Esperad, y veréis algún día». Su privilegiada mentalidad no podía creer que fuese sincero mi escéptico ateísmo, tan por encima de la creencia ridícula en un mundo invisible rechazado por la ciencia y lleno de deidades y de espíritus malos y buenos. El apacible sacerdote me decía únicamente: «El hombre es un ser espiritual que es recompensado y castigado, alternativamente, por sus

méritos y por sus culpas, teniendo por ello que volver, reencarnado, múltiples veces a la Tierra». Contra aquellas célebres frases de Jeremy Collier de que somos meras máquinas ambulantes, simples cabezas parlantes y sin alma ni más leyes que las de la materia, argüía que, si nuestras acciones estuviesen de antemano previstas y decretadas, sin que tuviésemos más libertad en ellas que la que tienen de detenerse las aguas de un río, la sabia doctrina del karma, o de que cada cual recoge aquello que sembró, sería absurda. Así pues, toda la metafísica de mi amigo se basaba en esta imaginaria ley, junto con la de metempsícosis y otros delirios de este jaez.

—Después de esta vida material no podemos —dijo absurdamente mi amigo cierto día— vivir en el completo uso de nuestra conciencia sin habernos construido, por decirlo así, un vehículo, una sólida base de espiritualidad. Quien durante esta vida física, consciente y responsable no ha aprendido a vivir en espíritu no puede aspirar luego a una plena conciencia espiritual, cuando, privado de su cuerpo, tenga que vivir como mero espíritu.

—Pues, ¿qué entiende usted por vida como espíritu? —le pregunté.

—La vida es un plano puramente espiritual, el Jushitz Devaloka, o paraíso budista, por cuanto el hombre, mediante su cerebro animal y todas las facultades que desarrolla aquí en la Tierra, se labra ese elevadísimo estado celeste entre dos sucesivas existencias, transportando a ese plano de superior felicidad cuanto aquí abajo labró, mediante el estudio y la contemplación.

—¿Qué le sucede al hombre que rehúsa la contemplación, es decir, que se niega a fijar su vista en la punta de su nariz, después de la muerte de su cuerpo? —le pregunté burlón.

—Que será tratado al tenor de aquel estado mental que en su conciencia prevaleció. En el caso mejor, tendrá un renacimiento inmediato, y en el peor un Avitchi o infierno mental. No es preciso, sin embargo, hacerse un completo asceta: basta con esforzarse en aproximarse al espíritu viviendo una vida espiritual; abriendo, aunque sólo sea por un momento, la puerta de nuestro templo interior.

—¡Sois siempre poético, aun en vuestras paradojas!, amigo mío —le respondí—. ¿Queréis explicarme un poco semejante misterio?

—No es ningún misterio —replicó—, pero gustoso os responderé. Suponed que el «plano espiritual» de que os hablo sea cual un templo en el que jamás pisasteis y cuya existencia, por tanto, creéis tener fundamento para negar, pero que alguien, compasivo, os toma por la mano y, conduciéndoos hacia la entrada, os hace mirar dentro un instante tan sólo. Por este mero hecho habréis establecido un lazo imperecedero con el templo. No podréis, desde aquel día, negar su existencia, ni el hecho de haber entrado en él, y, según haya sido vuestro trabajo en él breve o largo, así viviréis en él después de la muerte.

—¿Pues qué tiene que ver mi conciencia *post mortem* con semejante templo, aun en el falso caso de que la otra vida exista?

—¡Mucho! Después de la muerte —terminó diciendo el sabio anciano—, no puede haber conciencia alguna fuera del Templo del Espíritu. Lo ejecutado en sus ámbitos es lo

único que a vuestra muerte sobrevivirá, porque todo lo demás, como vano e ilusorio, está llamado a disolverse en el océano de Maya o de la ilusión.

Como me chocaba, a fuer de simple curioso, la peregrina y absurda idea de vivir fuera de mi cuerpo, disfracé mi escepticismo, y, fingiendo interesarme por todo aquello, obligué a mi amigo a que continuase, engañado por completo respecto de mis intenciones.

Tamoora Hideyeri servía en Tri-Onene, templo budista famoso no sólo en el Japón, sino en toda China y en el Tíbet; no hay en Kioto otro tan venerado, y sus monjes, secuaces de Dzenodoo, son tenidos por los mejores y los más sabios, entre aquellas fraternidades meritísimas, relacionadas a su vez con los ascetas o eremitas llamados *yamabooshi*, discípulos de Lao-Tse. Así se explican los altos vuelos metafísicos que, con ánimo de curarme mi ceguera mental, diese siempre mi amigo a nuestra conversación, llevándome hacia sus enmarañadas doctrinas con sus peroratas, disparatadas a mi juicio, y sus ideas de espiritualidad, cuya práctica parece una verdadera gimnasia del plano espiritual.

Tamoora había dedicado más de las dos terceras partes de su vida al yoga o contemplación práctica, que le había dado pruebas de que, una vez despojados los hombres de su cuerpo material con la muerte, vivían con plena conciencia en el mundo espiritual, recogiendo el fruto centuplicado de sus acciones nobles y altos sentimientos, salario proporcionado, decía el asceta, al trabajo que se esforzaba aquí abajo en realizar.

—Pero y si uno no hace más que asomarse al templo de la espiritualidad y retroceder, ¿qué le acontecerá después? —objeté con mi eterno escepticismo.

—Pues que en la otra vida no tendríais nada bueno que recordar, salvo aquel feliz instante, porque en dicha vida espiritual sólo se registran y viven las impresiones espirituales —respondió el monje.

—Entonces, antes de reencarnar aquí abajo, ¿qué me sucedería? —añadí burlonamente.

—Entonces —dijo, lento y solemne el sacerdote, con un aplomo severo que daba frío —, *durante un período, que parecería una eternidad a vuestra angustia, no haríais sino repetir una y mil veces la acción de abrir y cerrar el templo con esa desesperante repetición de los temas de la calentura.*

Semejante tarea que el buen hombre me asignaba *post mortem* me hizo soltar una carcajada. ¡Aquello era el colmo del absurdo! Pero mi amigo se limitó a suspirar, compasivo, añadiendo, así que yo le pedí perdones por mi sinceridad:

—No. Dicho estado espiritual después de la muerte no consiste en una repetición mímica y automática de lo realizado en la vida, sino el llenar y completar los vacíos de ella. Yo me he limitado a poner os un ejemplo, incomprensible para vos, por lo que veo, de los misterios relativos a la visión del alma. Siendo entonces nuestro estado de conciencia el goce final de cuantos actos espirituales hemos ejecutado en vida, cuando uno de éstos ha resultado fallido, no podemos esperar otra cosa que la repetición del acto mismo.

Y saludándome cortésmente, como buen japonés, el noble sacerdote se despidió de mí.

¡Ah, si me hubiera sido entonces posible saber lo que después aprendí por dolorosa experiencia..., cuán poco me hubiera burlado de aquella enseñanza sapientísima!... Mas no, yo no podía creer a cierra ojos en tamaños absurdos, y muy especialmente en que ciertos hombres elevados pudiesen adquirir poderes como sobrenaturales. Experimentaba una repulsión instintiva hacia aquellos eremitas y *yamabooshi*, protectores de todas las sectas budistas del Japón, porque sus pretensiones milagreras me parecían el colmo de la necesidad. ¿Quiénes podrán ser estos presuntos magos, de ojos bajos y manos cruzadas, esos «santos» mendigos, moradores extraños de montañas apartadas y escabrosas, inaccesibles hasta el punto de que a los simples curiosos acerca de su naturaleza les era imposible de todo punto llegar hasta ellas? No podían ellos ser sino unos adivinos sin vergüenza, unos gitanos vendedores de hechizos, talismanes y brujerías.

Como se ve, mis insultos y mis odios alcanzaban por igual a maestros y a discípulos, porque conviene no olvidar que los *yamabooshi*, aunque no aceptan a los profanos cerca de ellos, a algunos, tras duras pruebas, los reciben como discípulos, quienes dan perfecto testimonio acerca de la sabiduría y de la pureza de su vida.

Mis desprecios no se detuvieron ni en los mismos *sintos*, es decir, en aquellos otros religiosos de *Sin-Syu*, o sintoísmo, cuya divisa es la de «fe en los dioses y en el camino de los dioses», porque practican un culto absurdo a los llamados «espíritus de la naturaleza». Así, me capté no pocos enemigos, porque los *sinto-kanusi*, o maestros espirituales de este culto, pertenecen a la aristocracia japonesa, con el propio mikado a su cabeza, y los secuaces del mismo constituyen el elemento más sabio de todo el Japón. No olvidemos que los *kanusi*, o maestros del sintoísmo, no proceden de ordenación regular alguna conocida ni forman casta aparte. Como jamás alardean de poseer poderes ni privilegios que les eleven sobre los demás, y visten como los seglares, pasando como meros estudiantes de las ocultas ciencias del espíritu, más de una vez tuve contacto con ellos sin sospechar siquiera su elevada categoría.

II

EL VISITANTE MISTERIOSO

Con el transcurso de los años, en lugar de mejorar, se agravó mi lamentable escepticismo. Mi hermana, que era toda mi familia en el mundo, se había casado, vivía en Núremberg y sus hijos me eran queridos como hijos míos fuesen. ¡Oh, y cómo amaba a aquella hermana mártir que antaño se sacrificó a sí misma y al hombre que se prestó a ayudar a mi padre en su vejez y darme a mí la educación debida...! Los que sostienen que ningún ateo puede ser ni súbdito leal ni fiel pariente ni amigo cariñoso profieren la mayor de las calumnias. Es falso, sí, que el materialista se endurezca de corazón con los años, incapaz de amar, como dicen amar los creyentes. Puede que ello sea verdad en algún caso, y que el positivista propenda a la vulgaridad y al egoísmo, pero el hombre bondadoso que se hace lo que suele llamarse ateo, no por motivos egoístas, sino por amor a la verdad, no hace sino fortalecer sus afectos hacia los hombres todos. Cuantas aspiraciones hacia lo desconocido dejan de sentir; cuantas esperanzas recházanse respecto de un cielo con su Dios correspondiente se concentran, centuplicadas, sin duda, en los seres amados y aun se extienden a la humanidad entera...

Un amor así fue el que me impulsó a sacrificar mi dicha para asegurar la de aquella santa hermana que había sido una madre para mí. Casi niño, partí para Hamburgo, donde luché con el ardor de quien trata de ayudar a sus seres queridos. Mi primer placer efectivo fue el de ver casada a mi hermana con el hombre a quien por mí había sacrificado, y ayudarles. Tan desinteresado era mi cariño hacia ellos, y, luego, hacia sus hijos, que jamás quise constituirme por mi parte un hogar nuevo, pues el hogar de mi hermana, compuesto pronto de once personas, era mi iglesia única y el objeto de mis idolatrías. Por dos veces, en nueve años, crucé el mar con el solo fin de estrechar contra mi corazón a seres tan caros a mi amor, tornando en seguida al extremo Oriente a seguir trabajando para ellos.

Desde el Japón mantuve siempre correspondencia con mi familia, hasta que un día la correspondencia quedó cortada por ésta, sin que pudiese yo adivinar la causa. Durante todo un año estuve sin noticia alguna, esperando en vano día tras día y temiéndome alguna desgracia. Cuantos esfuerzos hice por saber de ella fueron inútiles.

—Mi buen amigo —me dijo un día mi único confidente Tamoora—, ¿por qué no buscáis el remedio a vuestras ansiedades consultando a un santo *yamabooshi*?

No hay por qué decir con qué desprecio rechazé la propuesta. Pero, a medida que los correos de Europa se sucedían en vano, mi ansiedad se iba trocando en desesperación irresistible, que degeneró en una especie de locura. Era ya inútil toda lucha, y yo, pesimista a estilo Holbach, creyente en el aforismo de que la necesidad era el acicate para la dicha filosófica y el factor que más vigoriza a la humana flaqueza, sentíame vencido. Olvidando, pues, mi fatalismo frente a los ciegos decretos del destino, no podía resignarme. Mi conducta, mi temperamento eran ya muy otros que los de antaño, y, cual joven histérico, mil veces trataba mi mirada de sondear a través de los mares la verdadera causa de aquel enigma que me ponía ya al borde de la locura. Sí; un despreciable y supersticioso anhelo me movía, bien a pesar mío, a desear conocer lo pasado y lo futuro...

Cierto día, al declinar el sol, mi amigo, el bonzo venerable, se presentó en mi barraca. Como hacía días que no nos veíamos, venía a informarse sobre mi salud.

—¿Por qué os molestáis en ello? —le dije sarcástico, aunque arrepintiéndome al punto de mi imprudencia—. ¿Teníais más sino consultar a un *yamabooshi*, que a distancia pueden verlo y saberlo todo?

Ante tamaño exabrupto, pareció un tanto ofendido el bonzo; pero, al contemplar mi abatido aspecto, replicó bondadoso que debería yo seguir su consejo de siempre, consultando acerca de mis torturas mentales a un miembro de aquella santa orden.

—Desafío a cuantos se jactan de poseer poderes mágicos —le repliqué, presa de retador desprecio— a que me adivinen en quién estaba yo pensando ahora y qué es lo que esta persona realiza en estos momentos.

A lo cual el imperturbable bonzo respondió:

—Nada más fácil: dos puertas por cima de mi casa se halla un santo *yamabooshi* visitando a un *sinto* que yace enfermo. Con sólo que pronunciéis una palabra afirmativa, os puedo conducir a su presencia augusta...

Y la palabra fue pronunciada, con lo cual quedó ya dictada mi sentencia cruel para mientras viva. ¿Cómo describir, en efecto, la escena que vino después? Baste decir que no habían transcurrido apenas quince minutos desde que acepté la propuesta del bonzo cuando me vi frente por frente de un anciano alto, noble y extraordinariamente majestuoso para ser de esa raza japonesa tan delgada, macilenta y minúscula. Allí donde pensé hallar una obsequiosidad servil tropecé con ese tranquilo y digno continente característico del hombre que conoce su superioridad moral y mira con benevolencia la equivocación de aquellos que no alcanzan a reconocerla debidamente. A las preguntas irreverentes y burlonas que, necio, le hice, guardó silencio, mirándome de hito en hito cual miraría un médico a un enfermo en su delirio, y yo, desde el instante mismo en que él fijó su escrutadora mirada en mis ojos, sentí, o vi más bien, un como delgado y argentino hilo de luz, que, brotando de sus intensos ojos, penetraba buido en lo más recóndito de mi ser, sacando de mi corazón y de mi cerebro, bien a pesar mío, el secreto de mis más íntimos sentimientos y pensamientos. No cabía duda, aquel hombre imponente se adueñaba de todo mi ser hasta el punto de serme aquello angustiosamente intolerable.

Esforzándome cuanto pude en romper la fascinación aquella le excitó a que me dijese qué era lo que había podido leer en mi pensamiento.

—Una ansiedad extremada por saber qué puede haberle ocurrido a su lejana hermana, a su esposo y a sus hijos —fue la respuesta exacta que me dijo con toda tranquilidad aquel hombre prodigio, añadiendo detalles completos acerca de la morada de aquéllos.

Escéptico incurable, dirigí una mirada acusadora al bonzo, sospechando de su indiscreción; mas al punto me avergoncé de mi sospecha sabiendo, por un lado, que los japoneses son esencialmente veraces y caballeros y, por otro, que Tamoorá no podía saber nada acerca de la disposición interior de la casa de mi hermana, cuya descripción exacta, sin embargo, acababa de darme el *yamabooshi*.

—El extranjero —respondió éste, al interrogarle de nuevo acerca del actual estado de mi inolvidable hermana— no se fía de palabras de nadie, ni de nada que él no pueda percibir por sí mismo. La impresión que en él pudiesen causar las palabras del *yamabooshi* acerca de aquélla apenas duraría breves horas, dejándole luego tanto o más desgraciado que antes, por lo cual sólo cabe un remedio, y es el de que el extranjero vea y conozca la verdad por sí mismo. ¿Está, pues, dispuesto a dejarse poner en el estado requerido a todo *yamabooshi*, estado para él desconocido?

Al oír aquello mi primera impresión fue, como siempre, la de la sonrisa escéptica. Aunque sin fe jamás en ellos, yo había oído en Europa hablar de pretendidos clarividentes, de sonámbulos magnetizados y otras cosas análogas, por lo que, desconfiado, presté, no obstante, mi silencioso consentimiento.

III

MAGIA PSÍQUICA

Desde aquel instante procedió a operar el anciano *yamabooshi*. Alzó la vista al sol y al excelso espíritu de Ten-dzio-dai-dzio que al sol preside y, hallándole propicio, sacó de bajo su manto una cajita de laca con un papel de corteza de morera y una pluma de ave, con la que dibujó sobre el papiro unos cuantos *mantrams* en caracteres *naiden*, escritura sagrada que sólo entienden ciertos místicos iniciados. Luego, extrajo también un espejito redondo de bruñido acero, cuyo brillo era extraordinario y, colocándoselo ante los ojos, me ordenó que mirase en él.

Yo había oído hablar de semejantes espejos de los templos y hasta los había visto varias veces, siendo opinión corriente en el país que en ellos, y bajo la dirección de sacerdotes iniciados, pueden verse aparecer los grandes espíritus reveladores de nuestro destino, o sean los *dai-djins*. Por ello, me supuse que el anciano iba evocar con el espejo la aparición de una de tales entidades para que contestase a mis preguntas, pero lo que me aconteció fue hartamente diferente.

En efecto, tan pronto como tomé en mis manos el espejo, abrumado por la angustia de mi absurda posición, noté como paralizados mis brazos y hasta mi mente, con aquel temor quizá con que tantos otros sienten en su frente el invisible aletazo de la intrusa. ¿Qué era aquella sensación tan nueva y tan contraria a mi eterno escepticismo, aquel hielo que paralizaba de horror todos mis nervios y aun la conciencia y la razón en mi propio cerebro? Cual si una serpiente venenosa me hubiese mordido el corazón, dejé caer el... — ¡me avergüenzo de usar el adjetivo!— el espejo *mágico*, sin atreverme a recogerlo del sofá sobre el que me había reclinado. Se entabló un momento en mi ser una lucha terrible entre mi indomable orgullo, mi ingénito escepticismo y el ansia inexplicable que me impulsaba, a pesar mío, a sumergir mi mirada en el fondo del espejo... Vencí mi debilidad un instante, y mis ojos pudieron leer en un librito abierto al azar sobre el sofá esta extraña sentencia: «El velo de lo futuro lo descorre a veces la mano de la misericordia». Entonces, como quien reta al destino, recogí el fatídico y brillante disco metálico y me dispuse a mirar en él. El anciano cambió breves palabras con mi amigo el bonzo, y éste, acallando mis constantes suspicacias, me dijo:

—Este santo anciano le advierte previamente que si os decidís a ver mágicamente, por fin, en el espejo, tendréis que someteros luego a un procedimiento adecuado de

purificación, sin lo cual —añadió recalcando solemnemente las palabras— lo que vais a ver *lo veréis una, mil, cien mil veces, y siempre contra toda vuestra voluntad y deseo.*

—¿Cómo? —le dije con insolencia.

—Sí, una purificación muy necesaria para vuestra futura tranquilidad; una purificación indispensable, si no queréis sufrir constantemente la mayor de las torturas; una purificación, en fin, sin la cual os transformaríais para lo sucesivo en un vidente irresponsable y desgraciado, y tamaña responsabilidad gravitaría sobre mi conciencia, si no os lo advirtiese así, del modo más terminante.

—¡Tiempo habrá luego de pensarlo! —respondí imprudentemente.

—¡Ya estáis al menos advertido —exclamó el bonzo, con desconsuelo—, y toda la responsabilidad de lo que os ocurra caerá únicamente sobre vos mismo, por vuestra terquedad absurda!

No pude ya reprimir mi impaciencia, y miré el reloj con gesto que no pasó inadvertido al *yamabooshi*: ¡eran, precisamente, las cinco y siete minutos!

—Concentrad cuanto podáis en vuestra mente sobre cuanto deseáis ver o saber —dijo el «exorcista», poniéndome el espejo mágico en mis manos, con más impaciencia e incredulidad que gratitud por mi parte. Tras un último momento de vacilación, exclamé, mirando ya en el espejo:

—*Sólo deseo saber por qué mi hermana ha dejado de escribirme tan repentinamente desde...*

¿Pronuncié yo, en realidad, tales palabras, o las pensé tan sólo? Nunca he podido saberlo, sólo sí tengo bien presente que, mientras abismaba mi mirada en el espejo misterioso, el *yamabooshi* tenía extrañamente fija en mí su vista de acero sin que jamás me haya sido dable poner en claro si aquella escena duró tres horas o tres meros segundos. Recuerdo, sí, los detalles más nimios de la escena, desde que cogí el espejo con mi izquierda, mientras mantenía entre el pulgar y el índice de mi derecha un papiro cuajado de rúnicos caracteres. Recuerdo que, en aquel mismo punto, perdí la noción cabal de cuanto me rodeaba, y fue tan rápida la transición desde mi estado de vigilia a aquel nuevo e indefinible estado, que, aunque habían desaparecido de mi vista el bonzo, el *yamabooshi* y el recinto todo, me veía claramente desdoblado, cual si fuesen de otro y no mías mi cabeza y mi espalda, reclinadas sobre el diván y con el espejo y el papiro entre las manos...

Súbito, experimenté una necesidad invencible como de marchar hacia adelante, lanzado, disparado como un proyectil, fuera de mi sitio, iba a decir, necio, ¡fuera de mi cuerpo! Al par que mis otros sentidos se paralizaban, mis ojos, a lo que creí, adquirieron una clarividencia tal como jamás lo hubiese creído... Vime, al parecer, en la nueva casa de Núremberg, habitada por mi hermana, casa que sólo conocía por dibujos, frente a panoramas familiares de la gran ciudad, y al mismo tiempo, cual luz que se apaga y destello vital que se extingue, cual algo, en fin, de lo que deben de experimentar los

moribundos, mi pensamiento parecía anonadarse en la noción de un ridículo muy ridículo sentimiento que fue interrumpido en seguida por la clara visión mental de mí mismo, de lo que yo consideraba mi cuerpo, mi todo —no puedo expresarlo de otra manera—, recostado en el sofá, inerte, frío, los ojos vidriosos, con la palidez de la muerte toda en el semblante, mientras que, inclinado amorosamente sobre aquel mi cadáver y cortando el aire en todas direcciones con sus huesosas y amarillentas manos, se hallaba la gallarda silueta del *yamabooshi*, hacia quien, en aquel momento, sentía el odio más rabioso e insaciable... Así, cuando iba en pensamiento a saltar sobre el infame charlatán, mi cadáver, los dos ancianos, el recinto entero, pareció vibrar y vacilar flotante, alejándose prontamente de mí en medio de un resplandor rojizo. Luego, me rodearon unas formas grotescas, vagas, repugnantes. Al hacer, en fin, un supremo esfuerzo para darme cuenta de quién era yo realmente en aquel instante, pues que así me veía separado brutalmente de mi cadáver, un denso velo de informe oscuridad cayó sobre mi ser, extinguendo mi mente bajo negro paño funerario...

IV

VISIÓN DE HORRORES

«¿Dónde estoy? ¿Qué me acontece?», me pregunté ansiosamente tan luego como, al cabo de un tiempo cuya duración me sería imposible de precisar, torné a hallarme en posesión de mis sentidos, advirtiéndome, con sorpresa, que me movía rapidísimo hacia adelante, a la vez que experimentaba una rara y extraña sensación como de nadar en el seno de un agua tranquila, sin esfuerzo ni molestia alguna y rodeado por todas partes de la oscuridad más completa. Se diría que bogaba a lo largo de una inacabable galería submarina y llena de agua; de una tierra densísima, al par que perfectamente penetrable, o de un aire no menos sofocante y denso que la tierra misma, aunque ninguno de aquellos elementos me molestase lo más mínimo en mi desenfrenada marcha de humano proyectil lanzado hacia lo desconocido..., mientras que aún sonaba el eco de aquella mi última frase: «deseo saber las razones por las que mi hermana querida guarda tan prolongado silencio para conmigo que...». Pero de cuantas palabras constaba aquella frase, sólo una, la de «saber», perduraba angustiada en mi oído, viniendo a mí cual una criatura viviente que con ello me obsesionase.

Otro movimiento más rápido e involuntario, otra nueva zambullida en aquel tan informe como angustioso elemento, y heme aquí ya, de pie, efectivamente de pie, *dentro del suelo*, amacizado por todos lados en una tierra compacta, y que resultaba, sin embargo, de perfecta transparencia para mis perturbadísimos sentidos. ¡Cuán absurda, cuán inexplicable situación! Un nuevo instante de suprema angustia, y heme ahora, ¡horror de horrores!, con un negro ataúd tendido bajo mis pies; una sencilla caja de pino, lecho postrero de un desdichado que ya no era un hombre de carne, sino un repugnante esqueleto, dislocado y mutilado, cual víctima de nueva Inquisición, mientras la voz aquella, mía y no mía a la vez, repetía el eterno sonsonete postrero de «... saber las razones por las que...» sonando junto a mí, pero como proviniendo, no obstante, de la más apartada lejanía, y despertando en mi mente la idea de que en todas aquellas intolerables angustias no llevaba empleado tiempo alguno, pues que estaba pronunciando todavía las palabras mismas con las que en Kioto, al lado del *yamabooshi*, empezaba a formular mi anhelo de saber lo que a mi pobre hermana acontecía a la sazón.

Súbito, aquellos informes y repugnantes restos principiaron a revestirse de carne y como a recomponerse en el más extraño de los retornos retrospectivos, hasta reintegrar el

aspecto normal de un hombre cuya fisonomía, ¡ay!, me era harto conocida, pues que resultaba nada menos que el marido de mi pobre hermana, a quien tanto había amado también; pero a quien, en medio de la mayor indiferencia, veía ahora destrozado como si acabase de ser víctima de un accidente cruel. «¿Qué te ha ocurrido, desdichado?», traté de preguntarle.

En el inexplicable estado en que yo me hallaba, no bien me formulaba mentalmente una pregunta cualquiera, la contestación se me presentaba instantánea cual en un panorama retrospectivo. Vi, pues, así, en el acto, y detalle tras detalle, todas las circunstancias que rodearon a la muerte de mi desdichado Karl, a saber: que el principal de la fábrica, en la que, lleno de robustez y de vida, él trabajaba, había traído de América, y montado, una monstruosa máquina de aserrar maderas; que éste, para apretar una tuerca o examinar el motor, había tenido un momento de descuido, y que había sido cogido por el juego del volante, precipitado, hecho trizas, antes de que los compañeros pudieran correr en su auxilio... ¡Muerto, triturado, transformado en horrible hacinamiento de carne y de sangre, que, sin embargo, no me causaba la emoción más ínfima, cual si de frío mármol fuese!

En mi macabra, aunque indiferente pesadilla, acompañé al cortejo funerario. Nos detuvimos en la casa de la familia y, como si se tratase de otro que no fuera yo, presencié impasible la escena de la llegada a ella de la espantosa noticia en sus menores detalles; escuché el grito de agonía de mi enloquecida hermana; percibí el sordo golpe de su cuerpo, cayendo pesadamente sobre los restos de su esposo, y hasta oí pronunciar mi nombre. Pero no se crea que lo percibía como de ordinario, sino mucho más intensamente, pues que podía seguir con la más impasible de las curiosidades indiscretas, el sacudimiento y la perturbación instantánea de aquel cerebro al estallar la escena, el movimiento vermiforme y agigantado de las fibras tubulares; el cambio fulgurante de coloración en el encéfalo y el paso de la materia nerviosa toda desde el blanco al escarlata, al rojo sombrío y al azul: un como relámpago lívido y fosfórico seguido de completa oscuridad en los ámbitos de la memoria, cual si aquella fulguración surgida de la tapa del cráneo se ensanchase dibujando un contorno humano, duplicado, desprendido del inerte cuerpo de mi hermana, que se iba extendiendo y esfumando, mientras que yo me decía a mí mismo: «¡Esto es la locura, la incurable locura de por vida, pues que el principio inteligente no sólo no está extinguido temporalmente, sino que acaba de abandonar para siempre el tabernáculo craneano, arrojado de él por la fuerza terrible de la repentina emoción...!»». «El lazo entre la esencia animal y la divina sé acaba de romper», me dije, mientras que al oír el término «divino», tan poco familiar en mí, «mi pensamiento» se echó como a reír... al par que seguían resonando como en el primer momento el final de mi inacabable frase...: «saber las razones por las que mi hermana querida guarda tan...».

Al conjuro de mi inacabable pregunta, la escena reveladora continuó. Vi a la madre, a mi propia hermana, convertida en una infeliz idiota en el manicomio de la ciudad, y a sus siete hijos menores en un asilo, mientras que mis predilectos, el chico, de quince años, y la chica mayor, de catorce, se ponían a servir como criados. El capitán de un buque mercante

se llevaba a mi sobrino, y una vieja hebrea adoptaba a la pobre niña.

Yo seguía anotando en mi mente todos aquellos horripilantes detalles, con una indiferencia y una sangre fría pasmosas. La misma idea de «horrores» debe entenderse como algo ulterior, pues que yo no sentía, en verdad, horror alguno, ni durante toda la visión aquella experimenté la noción más débil de amor ni de piedad, porque mis sentimientos parecían paralizados, abolidos, al igual de mis sentidos externos... Sólo al volver en mí fue cuando pude darme cuenta en toda su enormidad de aquellas pérdidas irreparables, y por ello confieso que no poco de lo que siempre negara obstinadamente me veía a admitirlo, en vista de tamañas experiencias. Si alguien me hubiese dicho antes que el hombre podía actuar fuera de su cuerpo, pensar fuera de su cerebro y ser transportado *mentalmente* a miles de leguas de distancia de su carne por medio de un poder incomprensible y misterioso, al punto le hubiera deputado por loco, ¡y, sin embargo, este loco soy yo! Diez, ciento, mil veces durante el resto de mi miserable existencia he pasado por semejante vida fuera de mi cuerpo. ¡Hora funesta fue aquella en que despertó en mí por vez primera tan terrible poder, pues ya ni el consuelo me queda de poder atribuir tales visiones de sucesos distantes a delirios de locura! Si un loco ve lo que no existe, mis visiones, ¡ay!, han resultado, por el contrario, infaliblemente exactas, para desgracia mía.

Pero sigamos con mi narración.

Apenas había visto a mi infeliz sobrina en su albergue israelita, cuando percibí un segundo choque de la misma naturaleza que el primero que me había lanzado y hecho bogar a través de las entrañas de la Tierra. Abrí nuevamente los ojos y me hallé en el mismo punto de partida, fijando casualmente mi vista en las manecillas del reloj, que marcaban, ¡absurdo misterio!, las cinco y *siete minutos y medio*... ¡Todas mis espantosas experiencias se habían desarrollado, pues, *en sólo medio minuto!*

Aun esta misma noción del brevísimo instante transcurrido entre el momento en que miré al reloj al tomar el espejo de manos del *yamabooshi* y aquel otro momento de medio minuto después es también un pensamiento posterior. Iba ya a desplegar los labios para seguirme burlando del *yamabooshi* y de su experimento cuando el recuerdo completo de cuanto acababa de ver fulguró cual vívido relámpago en mi cerebro. Un grito de desesperación suprema se escapó de mi pecho, y sentí como si la creación entera se desplomase sobre mi cabeza en un caos de ruina y desolación. Mi corazón presentía ya el destino que me aguardaba, y un fúnebre manto de tristeza cayó fatal sobre mí para todo el resto de mi vida...

V

LA ETERNA DUDA

Momentos después de lo que va referido, experimenté una reacción tan repentina como repentino fue mi pesar. Una formidable duda, un furioso deseo de negar lo que había visto, me asaltó, tratando de considerar el asunto como mero sueño insustancial y vano, hijo de mis nerviosidades y de mi exceso de trabajo. Sí, aquello no era sino un falaz espejismo, una estúpida ilusión sensitiva, una anormalidad de mi debilidad mental nacida.

«De otro modo —pensaba—, ¿cómo pude pasar revista a los horribles y distantes panoramas en simple medio minuto?». Sólo en un sueño pueden darse tan por completo abolidas las nociones básicas del tiempo y del espacio. El *yamabooshi* nada tiene que ver con semejante pesadilla de horrores. Acaso no hizo sino recoger los propios clichés de mi cerebro perturbado, acaso, usando una bebida infernal, secreto de los de su secta, me ha privado del conocimiento unos segundos para sugerirme esta visión monstruosa. La teoría moderna relativa al ensueño y la rápida excitación de los ganglios cerebrales son explicación suficiente de cuantas anormalidades acabo de experimentar. ¡Fuera, pues, necios temores! ¡Mañana mismo partiré para Europa!

Este insensato monólogo lo formulé en voz alta, sin el menor miramiento de respeto hacia el bonzo, ni siquiera hacia el *yamabooshi* que, hierático en su primera actitud, parecía leer tranquilo en mi interior con un silencio lleno de dignidad. El bonzo, por su parte, irradiando la más compasiva simpatía, se aproximó a mí cual lo hubiera hecho con un niño enfermo y, con lágrimas en los ojos, me dijo estrechándome las manos:

—Por lo que más améis, amigo mío, no dejéis la población sin antes ser purificado del impuro contacto con los *dai-djin* o espíritus inferiores, cuya intervención ha sido precisa para conducir a vuestra inexperta alma hacia la remota región que ansiabais ver. No perdáis, pues, el tiempo, hijo mío; cerrad la entrada de tan peligrosos intrusos hasta vuestro yo interior, y haced que para ello os purifique en seguida el santo maestro.

Nada hay tan sordo a la razón como la cólera, una vez desatada. La «savia del raciocinio» no podía, en aquel trance, «apagar el fuego de la pasión», antes bien, caldeada al rojo blanco esta última, sentía ya efectivo odio contra el venerable anciano y no podía perdonarle su injerencia en el suceso. Así que, aquel dulce amigo cuyo nombre no puedo pronunciar hoy sin emocionarme recibió las más acre y dura repulsa por sus frases, como

protesta airada contra la idea de que yo pudiera llegar nunca a considerar la visión que había tenido sino como mero sueño, y como un gran impostor, por tanto, al *yamabooshi*.

—Partiré mañana, aunque en ello me fuese la vida —insistí furibundo.

—... Pero os arrepentiréis toda vuestra vida si antes no hacéis que el santo asceta haya cerrado una por una todas las entradas, hoy abiertas para los intrusos *dai-djins*, quienes, de lo contrario, no tardarán en dominaros por completo —siguió porfiando el bonzo.

No le dejé seguir, antes bien, brutal y despectivo, pronuncié no sé qué frases relativas a la paga que debía de dar al *yamabooshi* por su experiencia conmigo, a lo que el bonzo replicó con dignidad regia:

—El santo desprecia toda recompensa. ¡Su orden es la más rica del mundo, dado que sus miembros, al hallarse por encima de todos los deseos terrenales, nada necesitan!... —y añadió—: No insultéis así al hombre compasivo que, por mera piedad hacia vuestros dolores, se prestó gustoso a libraras de vuestra mental tortura.

Todo en vano. El espíritu de la rebeldía se había adueñado de mí en términos que me era ya imposible el prestar oído a palabras tan llenas de sabiduría. Por fortuna, al volver la cabeza para seguir en mis ataques rabiosos, el *yamabooshi* había desaparecido.

¡Oh, y cuán estúpido era! Ciego de evidencia, ¿por qué no reconocí el sublime poder del santo asceta? ¿Por qué no vi que al él desaparecer huía para siempre la paz de mi vida? El fiero demonio del escepticismo, la incrédula negación sistemática de todo cuanto por mis propios ojos había visto, obstinándome, sin embargo, en creerlo necia fantasía, eran ya más poderosos que cualquiera otra fuerza de mi ser.

—¿Debo acaso creer, con la caterva de los supersticiosos y los débiles, que por encima de este mero compuesto de fósforo y otras materias hay algo que puede hacerme ver independientemente de mis sentidos físicos? —me decía, añadiendo—: ¡Nunca! El creer en los *dai-djin* de mi importuno amigo equivaldría a admitir también las llamadas «inteligencias planetarias» por los astrólogos, y el que los dioses del Sol y de Júpiter, de Saturno o de Mercurio y demás espíritus, que guían las esferas de sus orbes, se preocupan también de los mortales. Tamaño absurdo de invisibles criaturas arrastrándome por el ámbito de sus elementos es un insulto a la razón humana, un fárrago inadmisibles de locas supersticiones.

Así desvariaba yo ante el bonzo, pero, su paciencia, inalterable, superaba aun a mis furores, y una vez más insistió en que me sometiese a la ceremonia de la purificación, para evitar futuros eventos horribles.

—¡Jamás! —grité ya exasperado, y parafraseando a Richter añadí—: Prefiero morar en la atmósfera rarificada de una sana incredulidad que en las nebulosidades de la necia superstición. Pero, como no puedo prolongar mis dudas, partiré para Europa en el primer correo.

Semejante determinación acabó de desconcertar a mi bonzo.

—¡Amigo de extranjera tierra! —exclamó—. Ojalá no tengáis que arrepentiros tardíamente de vuestra ciega obstinación. ¡Que Kwan-Ou, el Santo Uno, y la Diosa de la Misericordia os protejan contra los *djins*!, pues, desde el momento en que rechazáis la purificación del *yamabooshi*, él es impotente para protegeros contra las malas influencias evocadas por vuestra incredulidad. ¡Permitid, al menos, en esta hora solemne, a un anciano que os quiere bien, que os enseñe algo que ignoráis aún! Sabed que, a menos que aquel honorable maestro que para aliviaros en vuestros dolores os abrió las puertas del santuario de vuestra alma, pueda, con la purificación, completar su obra, vuestra futura vida será tan espantosa que no merecerá la pena vivirla. Abandonado, así, al poder de las fuerzas poderosas, os sentiréis perseguido por ellas y acosado hasta la locura. Sabed que el peligroso don de la clarividencia, si bien se realiza por propia voluntad por aquellos para quien la Madre de Misericordia no tiene ya secretos, tratándose, por el contrario, de principiantes como usted, no puede lograrse sino por mediación de los *djins* aéreos, espíritus de la naturaleza, que, aunque inteligentes, carecen del divino don de la compasión, porque no tienen alma como nosotros. Nada tiene que temer, en verdad, de ellos, el *arahat* o adepto que ha sometido ya a semejantes criaturas, haciéndolas sus sumisos servidores, pero quien carece de tamaño poder no es sino el esclavo de las mismas. Reprimid vuestro ignorante orgullo y vuestras ironías y sabed que, durante visiones como la vuestra, el *dai-djin* tiene al vidente completamente bajo su poder, y este vidente, durante todo el tiempo de la visión astral, *no es él mismo*, no es ya su propio e inmanente ser, sino que participa, por decirlo así, de la naturaleza de su guía, quien, en tales momentos en que así dirige su vista interna, guarda su alma en vil prisión, convirtiéndola en un ser como él, es decir, en un ser sin alma, desposeído de su divina luz espiritual, y, por tanto, careciendo a la sazón de toda emoción humana, tal como el temor, la piedad y el amor.

—¡Basta ya! —interrumpí exasperado, al recordar con estas últimas palabras la indiferencia extraña con que, «en mi alucinación», había presenciado la catástrofe de mi cuñado, la desesperación de mi hermana y su repentina locura—. Si sabíais esto, ¿por qué me aconsejasteis experiencia tan peligrosa?

—Ella iba a durar tan sólo unos segundos, y mal alguno se hubiese derivado de ella si hubieseis cumplido vuestra promesa de someteros después a la purificación. Yo deseaba únicamente vuestro bien, porque mi corazón se despedazaba al veros sufrir día tras día, y no ignoraba que el experimento, dirigido por *uno que sabe*, es inofensivo, y sólo es peligroso cuando se desatiende aquella precaución. El maestro de visión, aquel que ha abierto una entrada en vuestra alma, es quien tiene luego que cerrarla, contra intrusiones ulteriores, con el sello de la purificación.

—El maestro de visión: ¡decid más bien el maestro de la impostura!...

Tan dolorosamente intensa fue la expresión de pesar que se reflejó en el semblante del bonzo al escuchar este último insulto a su guía que, levantándose y saludándome ceremoniosamente, se alejó de mí con estas sencillas palabras:

—¡Adiós, pues!

VI

PARTO, PERO NO SOLO

Pocos días después de la escena, me embarqué para Europa, sin volver a ver ya al buen bonzo. Sin duda, estaba ofendido por mis impertinencias e insultos. ¿Qué furia extraña, en efecto, se apoderaba de mí y me obligaba, casi sin poderlo remediar, a insultar al santo asceta? Sin duda, más que una fuerza exterior e insensible que me dominase, era mi amor propio escéptico el que así me impulsaba, y tan seguro me hallaba realmente acerca de las imposturas del *yamabooshi* que de antemano saboreaba ya mi triunfo sobre él, al retornar entre los míos de allí a varias semanas, y hallarlos sanos y dichosos.

Mas, ¡ay!, no hacía una semana que me encontraba a bordo cuando la venda incrédula comenzó a caer tardíamente de mis ojos.

Desde el día memorable de la experiencia del espejo, yo experimentaba en todo mi ser un cambio inexplicable que, en un principio, achacaba a las preocupaciones acerca de los míos, con las que llevaba luchando varios meses. Durante el día me encontraba abstraído, como embobado, perdiendo de vista por algunos minutos toda la realidad que me rodeaba. Mis noches eran intranquilas; mis ensueños tristísimos y hasta con horrores de angustiosas pesadillas. Aunque buen marino, y con tiempo extraordinariamente hermoso, sentía vagos mareos, y advertía de cuando en cuando que las caras familiares de los pasajeros adquirían en tales momentos las más grotescas formas de caricatura. Así, cierta vez, Max Guinner, un joven alemán, a quien conocía de antaño, pareció transformado de repente en su anciano padre, a quien enterrásemos tres años antes en el cementerio de nuestra colonia. Conversábamos sobre cubierta acerca del finado y de sus negocios cuando la cabeza de Max se me antojó rodeada de una nebulosidad extraña y gris que, condensándose gradualmente en torno de su cara, sanota y colorada, la dio bien pronto toda la rugosa apariencia de aquel a quien antaño yo mismo diese tierra.

Otra vez, mientras que el capitán hablaba de un ladrón malayo, a cuya captura había contribuido, vi a su lado la repugnante y amarillenta cara del hombre a quien correspondía la descripción del marino, y aunque, por supuesto, guardé silencio respecto a tamañas alucinaciones, creyéndolas debidas a las causas visibles que dice la medicina, ello es que se iban haciendo más frecuentes de día en día.

Cierta noche me sentí despertar bruscamente por un penetrante grito de angustia... Era

la voz de una mujer en el paroxismo de su desesperación impotente. Despertado, salté en una habitación que me era completamente desconocida, donde una adolescente, una niña casi, luchaba desesperadamente contra un hombre de mediana edad y de fuerzas hercúleas que la había sorprendido mientras dormía, al par que detrás de la puerta, cerrada con llave, advertí una vieja haciendo la centinela, vieja en cuya cara infernal reconocí al punto a la judía que había adoptado a mi sobrina, según viese en el ensueño de Kioto por las artes del *yamabooshi*. Al volver a mi estado normal y darme cuenta de mi situación, caí en la cuenta, ¡oh, desesperación cruel!, de que la víctima del brutal atropello no era otra que mi propia sobrina...

Ni más ni menos que en mi primera visión en Kioto yo no sentía en mí esa compasión que nace de la simpatía hacia la desgracia de un ser amado, sino más bien una indignación varonil ante la afrenta infligida a una criatura desvalida. Así que me precipité fieramente en su socorro, asaltando el cuello de aquel ser lascivo y bestial; pero, no obstante mi esfuerzo rabioso, el hombre continuó como si yo no existiese. El rufián cobarde, exasperado ante la resistencia de la doncella, levantó irritado su brazo vigoroso y, de un terrible puñetazo sobre los dorados bucles de su cabecita, la tendió en el suelo. Salté entonces sobre la lujuriosa bestia prorrumpiendo en un rugido de tigresa que defiende a sus cachorros, tratando de ahogarle entre mis garras; pero, horror de horrores, ¡noté entonces, por primera vez, que aquel mi yo no era sino una vana sombra!

Mis imprecaciones y gritos despertaron a todos los pasajeros, quienes los atribuyeron a una pesadilla, así que no intenté confiar a nadie lo que me acontecía. Pero, desde aquel infausto día, mi vida no fue ya sino una inacabable serie de torturas, porque, apenas cerraba los ojos, se me representaba con singular viveza el espantoso cuadro de dolores, desastres o crímenes pasados, presentes o futuros, cual si un demonio obsesor se complaciese en ofrecerme el macabro panorama de todo cuanto de horripilante, bestial o maligno existe en este despreciable mundo. Nunca un destello de felicidad, hermosura o virtud descendió, en cambio, hasta la lóbrega cárcel de mi mental infortunio, sino lascivias, traiciones y crueldades sin fin, en inacabable caleidoscopio, como consecuencia de las pasiones humanas desatadas por doquier.

—¿Será todo esto —me dije al fin— cumplimiento fatal del vaticinio de mi amigo el bonzo? ¿Estará mi alma real y efectivamente bajo el impío dominio de los crueles *dai-djins*? Mas no —me respondí al punto, tratando en vano de recobrar la tranquilidad perdida—. Esto no es sino una pasajera anormalidad que cesará tan luego como me vea en Núremberg y me convenza de lo infundado de mis absurdos temores. El hecho mismo de que mi imaginación no me ofrece sino escenas macabras me demuestra que ello carece de toda realidad. —Pero entonces creí estar oyendo las palabras del bonzo, cuando decía:

—Dos planos únicos de visión tiene el hombre: el augusto plano del amor transcendente y las aspiraciones espirituales hacia una eterna luz, y el tempestuoso mar de las pasiones humanas, en cuya luz inferior se bañan los descarriados *dai-djins*.

VII

¡LA ETERNIDAD ES UN SUEÑO FUGAZ!

Antaño, las absurdas carencias de ciertas gentes respecto de los espíritus buenos y malos me parecían incomprensibles, pero, a partir, ¡ay!, de las dolorosas experiencias de aquellos momentos las comprendía ya.

Para robustecer, no obstante, mi incredulidad nativa, procuraba evocar en mi mente cuanto me era dable los recuerdos de mis lecturas antisupersticiosas: el juicioso razonar de Hume; las áticas mordacidades sarcásticas de Voltaire, y aquellos pasajes de Rousseau, donde llamaba a la superstición «la eterna perturbación de la sociedad». «¿A qué afectarnos por las fantasmagorías del ensueño —me decía con ellos—, cuando luego comprobamos su completa falsedad en la vigilia? ¿Por qué, como dijo el clásico, han de asustarnos con cosas que no son; nombres cuyo sentido no vemos?».

Un día en el que el anciano capitán nos relataba supersticiosas historias marineras, un infatuado y pedante misionero inglés nos recordó aquella frase de Fielding de que «la superstición da al hombre la estupidez de la bestia», pero, en el mismo instante que tal decía, vile vacilar de un modo extraño y detenerse bruscamente, mientras que yo, que había permanecido alejado de la conversación general, creí leer claramente en la aureola de vibrantes radiaciones que desde hacía muchos días percibía sobre todas las cabezas las palabras con que Fielding concluía su proposición: «... y el escepticismo le torna loco».

Había ya oído muchas veces, sin admitirla, la afirmación de que quienes pretenden gozar del dudoso privilegio de la clarividencia ven los pensamientos de las personas presentes como retratados en su propia aura. Yo ya, ¡absurda paradoja!, me veía dotado, en efecto, de la facultad desagradabilísima de poder comprobar por mí la exactitud del odioso hecho, agregando un nuevo conjunto de horrores en mi ridícula vida, y viéndome forzado a tener que ocultar a los demás dones tan funestos, cual si se tratara de un caso de lepra. Mi odio entonces hacia el *yamabooshi* y el bonzo no tuvo límites, pues aquél, sin duda alguna, había tocado con sus nefastas manipulaciones algún secreto resorte de mi cerebro fisiológico y puesto en acción alguna facultad de las ordinariamente ocultas en la constitución humana... ¡Y el maldito farsante japonés había introducido tal plaga en mí mismo!

De nada práctico me servía mi impotente cólera. Además, bogábamos ya en aguas

europas, y de allí a pocos días anclaríamos en Hamburgo, donde cesarían mis dudas y temores. Aun cuando la clarividencia pudiese existir en algún caso, tal como en la lectura de los pensamientos, lo de ver las cosas a distancia, según yo lo había soñado bajo la sugestión del *yamabooshi*, era demasiado admitir dentro de las humanas posibilidades... Pese a todos estos tristes razonamientos, mi corazón parecía decirme que me engañaba con ellos, sintiendo como si mi definitiva condenación se hallase próxima, con sufrimientos tan atrozadores que intensificaban peligrosamente mi postración física y mental.

La noche misma de nuestra entrada en Hamburgo me asaltó un ensueño cruel. Me parecía que yo mismo me veía muerto; mi cuerpo yacía rígido e inerte, y al par que mi conciencia se daba cuenta de ello parecía prepararse también a su extinción; mas, como tenía aprendido que el cerebro conservaba el calor vital durante unos minutos más que los órganos periféricos, aquello no me podía extrañar. Así, en el crepúsculo del gran misterio, al borde, ya sin duda, de la tenebrosa sima «que ningún mortal puede repasar una vez franqueada», mi pensamiento, envuelto en los restos de una vitalidad que escapaba por instantes, se iba extinguiendo como una llama, y asistiendo al propio tiempo a su aniquilamiento, pero tornando mi «yo», nota de aquellas mis últimas impresiones con el apresuramiento de aquel que sabe que va a caer el negro manto de la nada sobre su conciencia para tener el *goce* de sentir todo el gran triunfo de mis convicciones relativas a la completa y absoluta cesación del ser...

Todo se iba oscureciendo por momentos en derredor mío. Enormes sombras, fantásticas e informes, desfilaban ante mi desvanecida vista, primero lentas, luego aceleradas, y, finalmente, girando vertiginosas en torno de mí, cual en terrible danza macabra, y, una vez alcanzado su objeto de intensificar las tinieblas, abrieron un como indefinido ámbito de vacías e impalpables negruras; un insondable océano de eternidad, por el que, ilimitado, se deslizaba el tiempo, esa fantástica progenie del hombre, sin que jamás alcance a acabarlo de cruzar...

No en vano ha dicho Catón que los ensueños no son sino el reflejo de todos nuestros temores y esperanzas. Como en estado de vigilia jamás he temido a la muerte, ante la evidencia de mi inminente afán me sentí tranquilo, hasta consolado de que el término de mis torturas mentales se avecindase. La angustia aquella mía se había ya tornado intolerable, y si, como dice Séneca, la muerte no es sino la cesación de todo cuanto hemos sido antes, valía más morir que soportar durante tantos meses tamaña agonía.

—Mi cuerpo está ya muerto —me decía—, y mi «yo», mi conciencia, que es la que de mí queda por algunos momentos más, se prepara ya a seguirle: debilitándose mis percepciones mentales, se irán borrando segundo tras segundo, hasta que el anhelado olvido me envuelva por completo en su sudario. ¡Ven, pues, dulce y consoladora muerte; tu sueño sin ensueños es un puerto de paz y de refugio en medio de las borrascas de la vida...! ¡Dichosa, pues, la barca solitaria que la ansiada orilla de la muerte me conduce! Allí, en su regazo eterno, descansaré por siempre, y tú, pobre cuerpo, ¡adiós! ¡Gustoso te abandono, ya que me has dado más dolores que placeres en la vida!

Mientras yo entonaba este himno a la muerte libertadora la examinaba al par con extraña curiosidad, no pudiendo menos de maravillarme, sin embargo, de que mi acción *cerebral* continuase siendo tan vigorosa.

Mi cuerpo, desvanecido ante mi vista algunos segundos, reaparecía una y varias veces con su cadavérica faz... De improviso experimenté un violentísimo deseo de saber cuánto duraría el complicado proceso de mi disolución antes de que el cerebro, estampando su último sello, me dejase inerte. A través de las, para mí transparentes, paredes de mi cráneo, podía contemplar y *hasta tocar* mi masa cerebral. ¿Con qué manos? Me es imposible el precisarlo; pero el contacto de su fría y viscosa materia me producía profundísima impresión. Con un terror indecible, advertí que mi sangre se había congelado por completo, y que, alterada la íntima constitución de mis células cerebrales, se imposibilitaba ya en absoluto todo funcionamiento... Al par, la misma o mayor oscuridad me rodeaba impenetrable en todas direcciones; pero, además, enfrente de mí, y fuese la que fuese la dirección de mi mirada, veía un como gigantesco reloj circular, cuya caraza enorme y blanca se destacaba de un modo siniestro sobre aquel oscuro marco que lo rodeaba. Su péndola oscilaba con la acostumbrada realidad a uno y a otro lado, como si pretendiese divisar la eternidad, y las agujas señalaban, ¡cosa bien extraordinaria!, *las cinco y siete minutos*, es decir, la hora precisa en que comenzase en Kioto mi tortura.

No bien noté esta terrible coincidencia cuando, horrorizado del modo más pavoroso, me sentí arrastrado de idéntica manera que antaño; nadando, bogando veloz por debajo del suelo, en el mismo medio viscoso y paradójico. Así me vi otra vez ante la tumba, donde los despedazados restos de mi cuñado yacían; presencié luego, retrospectivamente, su muerte desdichada; la escena de la recepción de la noticia fatal por mi hermana, con el aditamento de su locura, todo sin perder el detalle más mínimo.

Para mayor espanto esta vez, ¡ay!, ya no estaba acorazado en aquella tranquila indiferencia de roca con que había visto la vez primera la escena, sino que mis torturas mentales, mi ansiedad, mi desesperación en medio de aquel ciclón de muerte ya no tenía límites... ¡Oh, y cómo sufría aquel cúmulo de horrores infernales, con el añadido del peor de todos, que era la desesperada realidad de que mi cuerpo estaba ya muerto...!

No bien se hizo una leve pausa de alivio torné a ver de igual modo la enorme esfera con sus manecillas colosales marcando ¡*las cinco y siete minutos y medio!* Pero, antes de que hubiera tenido tiempo de darme cuenta exacta de tal cambio, la aguja empezó a moverse lentamente hacia atrás, deteniéndose en el séptimo minuto, para sentirme otra y otra vez forzado a padecer sin término la repetición de los mismos horrores de bogar por el seno de la tierra y de presenciar la repetición exacta e implacable de las mismísimas escenas espantosas que parecían no terminar jamás...

Al propio tiempo mi conciencia parecía triplicarse, quintuplicarse, decuplicarse, pudiendo vivir y sentir en el mismo lapso de tiempo en media docena de sitios a la vez, desfilando ante mí múltiples sucesos de su vida en diferentes épocas y circunstancias de mi vida, pero predominando sobre todas mi experiencia espiritual de Kioto. A la manera

de como en la famosa fuga del *Don Juan*, de Mozart, se destacan desgarradoras las notas de la desesperación de Elvira, sin que por esto se entrecrucen ni confundan con la melodía del minué, ni con el canto de la seducción ni con el coro, de la misma manera pasé una y mil veces, mezclada con las congojas de las demás escenas, por aquella indescriptible agonía de Kioto, y oía las inútiles exhortaciones del bonzo, al par que se me presentaban, sin con ello confundirse, múltiples recuerdos, ora de mi niñez o de mi adolescencia, ora de mis padres, ora, en fin, de aquel día memorable en que salvara a un amigo que estaba ahogándose y me burlaba de su padre, que me daba emocionado las gracias por haber salvado así «su alma», no preparada sin duda aún para dar cuentas a «su hacedor». ¡Todo ello, por supuesto, en la conciencia más complicada y multiforme!

—¡Hablad, hablad de personalidades múltiples, vosotros los profesores de psicofisiología! —me decía en medio de aquella tortura que habría bastado a matar a media docena de hombres—. ¡Hablad vosotros, orgullosos, infatuados con la lectura de miles de libros!... Jamás podríais explicarme, no obstante, la sucesión de aquella horrorosa cadena real, al par que ensoñada, cuyo desfilar parecía no tener fin. No, aunque se rebelase mi conciencia contra ciertas afirmaciones teológicas, negar no podía ya la realidad de mi *yo inmortal*... ¿Cuál, es, pues, oh, Misterio, tu insondable realidad que de tal modo conduces, sin término conocido y con el cuerpo ya muerto, a nuestro pensamiento y nuestra imaginación? ¿Podrá, acaso, ser cierta esa doctrina de la reencarnación en la que tanto porfiaba el bonzo que creyese? ¿Por qué no, si cada año nace una nueva hoja y una nueva flor de una misma y permanente raíz...?

En aquel punto, el fatídico reloj desapareció, mientras que la voz cariñosa del bonzo una vez más parecía repetir: «En el caso de que hayáis entreabierto sólo una vez la puerta del augusto santuario de vuestra alma, tendréis que abrirla y cerrarla una y mil veces durante un período que, por más corto que sea, os parecerá una eternidad...».

Un instante después, la voz del bonzo era ahogada por multitud de otras voces en la cubierta. Anegando en un sudor frío, desperté. ¡Estábamos en Hamburgo!

VIII

DESGRACIAS A GRANEL

Mis socios de Hamburgo apenas pudieron reconocermé, ¡tan enfermo y cambiado estaba! Al punto partí para Núremberg.

Media hora después de mi llegada a la ciudad de Núremberg, toda duda relativa a la verdad de mi visión en Kioto había desaparecido. La realidad era, si cabe, peor que aquélla, en adelante estaba fatalmente condenado a la vida más infeliz. Seguro podía estar de que, en efecto, había visto uno por uno todos los detalles de la tragedia desgarradora: mi cuñado destrozado por los engranajes de la máquina; mi hermana, loca y próxima a morir, y mi sobrina, la flor más acabada de la naturaleza, deshonrada y en un antro de infamia; los niños pequeños muertos en un asilo por una enfermedad contagiosa, y el único sobrino que sobrevivía, ausente, de ignorado paradero. Todo un hogar feliz, aniquilado, quedando yo tan sólo como triste testigo de ello en este miserable mundo de desolación, deshonra y muerte. La brutalidad del choque, el peso horrendo del enorme desastre, me hizo caer desvanecido, pero no sin antes oír estas crueles palabras del burgomaestre:

—Si antes de partir de Kioto hubieseis teleografiado a las autoridades de la ciudad vuestra residencia y vuestra intención de regresar a vuestro país para encargáros de vuestra familia, hubiéramos podido colocarla provisionalmente en otra parte, salvándolos así de su destino; pero, como todos ignorábamos que los niños tuviesen pariente alguno, sólo pudimos internarlos en el asilo donde por desgracia han sucumbido...

Éste era el gran golpe de gracia dado a mi desesperación. ¡Sí, mi abandono había matado a mis sobrinitos! Si yo, en vez de aferrarme a mis ridículos escepticismos, hubiese seguido los consejos del bonzo Tamoora y dado crédito a la desgracia que por clarividencia y clariaudiencia me había hecho ver y oír el *yamabooshi*, aquello se hubiera podido evitar teleografiando a las autoridades antes de mi regreso. Acaso podría, pues, no alcanzarme la censura de mis semejantes; pero jamás podría ya escapar a las recriminaciones de mi propia conciencia, ni a la tortura de mi corazón en todos los días de mi vida. Allí fue, entonces, el maldecir mis pertinaces terquedades; mi sistemática negación de los hechos que yo mismo había visto, y hasta mi torcida educación. El mundo entero no había sabido darme otra...

Me sobrepuse a mi dolor, en un supremo esfuerzo, a fin de cumplir un último deber mío para con los muertos y con los vivos. Pero, una vez que saqué a mi hermana del asilo e hice que viniese a su lado su hija para asistirle en sus últimos días, no sin obligar a confesar su crimen a la infame judía, todas mis fuerzas me abandonaron, y una semana escasa después de mi llegada me convertí en un loco delirante atrapado bajo la garra de una fiebre cerebral. Durante algún tiempo fluctué entre la muerte y la vida, desafiando la pericia de los mejores médicos. Por fin, venció mi robusta constitución, y, con gran pesar mío, me declararon salvado... ¡Salvado, sí, pero condenado a llevar eternamente sobre mis hombros la carga aborrecible de la vida, sin esperanza de remedio en la tierra y rehusando creer en otra cosa alguna más que en una corta supervivencia de la conciencia más allá de la tumba, y con el aditamento insufrible de la vuelta inmediata, durante los primeros días de la convalecencia, de aquellas inevitables visiones, cuya realidad ya no podía negar, ni considerarlas de allí en adelante como «las hijas de un cerebro ocioso, concebidas por la loca fantasía», sino la fotografía de las desgracias de mis mejores amigos! ¡Mi tortura era, pues, la del Prometeo encadenado! Y, durante la noche, una despiadada y férrea mano de hierro me conducía a la cabecera de la cama de mi hermana, forzado a observar hora tras hora el silencioso desmoronarse de su gastado organismo, y a presenciar, como si dentro de él estuviese, los sufrimientos de un cerebro deshabitado por su dueño, e imposibilitado de reflejar ni transmitir sus percepciones. Aún había algo peor para mí, y era el tener que mirar durante el día el rostro inocente e infantil de mi sobrinita, tan sublimemente pura en su misma profanación, y presenciar durante la noche, con el retorno de mis visiones, la escena, siempre renovada, de su deshonor... Sueños de perfecta forma objetiva, idénticos a los sufridos en el vapor, y noche tras noche repetidos...

Algo, sin embargo, se había desarrollado nuevo en mí, cual la oruga que, evolucionando en crisálida, acaba por transformarse en mariposa, el símbolo del alma; algo nuevo y trascendental había brotado en mi ser de su antes cerrado capullo, y veía yo, no sólo como en un principio y por consecuencia de la identificación de mi naturaleza interna con la del *dai-djin* obsesor, sino por el espontáneo desarrollo de un nuevo poder personal y psíquico que aquellas infernales criaturas trataban de impedir, cuidando de que no pudiese ver nada elevado ni agradable. Mi lacerado corazón era fuente ya de amor y simpatía hacia todos los dolores de mis semejantes, cual si un corazón nuevo fluyese fuera del corazón físico, repercutiendo fuertemente en mi alma, separada del cuerpo. Así, ¡infeliz de mí!, tuve que apurar hasta las heces el sufrimiento por haber rechazado en Kioto la purificación ofrecida, purificación en que tardíamente creía ya, bajo el insoportable yugo del *dai-djin*.

Poco falta de mi triste historia. La pobre mártir de mi hermana loca falleció, al fin, víctima de la tisis; su tierna hija no tardó en seguirla. En cuanto a mí, ya era un anciano prematuro de sesenta años, en lugar de treinta. Incapaz de sacudir mi yugo, que me mantenía tan al borde de la locura, tomé la resolución heroica de tornar a Kioto, postrarme a los pies del *yamabooshi*, pedirle perdón por mi necedad y no separarme de su lado hasta que aquel espíritu infernal que yo mismo había evocado, y del que mi incredulidad me impidió separarme, fuese ahuyentado para siempre...

Tres meses después, me vi nuevamente en mi casa japonesa al lado del venerable bonzo Tamoorá Hideyeri, para que me condujese, sin perder un momento, a la presencia del santo asceta... La respuesta del bonzo me llenó de estupor. ¡El *yamabooshi* había abandonado el país sin que se supiese su paradero y, según su costumbre, no tornaría al país hasta dentro de siete años!

Ante tamaño contratiempo fui a pedir ayuda y protección a otros santos *yamabooshi*, y aun cuando sabía hartó bien que en mi caso era inútil el buscar otro adepto eficaz que me curase, mi venerable amigo Tamoorá hizo cuanto pudo por remediar mi desgraciada situación. ¡Todo en vano!; aquel gusano roedor amenazaba siempre acabar con mi razón y con mi vida. El bonzo y otros santos varones de su fraternidad me invitaron a que me incorporase a su instituto, diciéndome:

—Sólo el que evocó sobre vos el *dai-djin* es quien tiene el poder de ahuyentarlo. Ínterin llega, la voluntad y la firme fe en los nativos poderes inherentes a nuestra alma es la que os puede servir de lenitivo. Un «espíritu» de la perversión de éste puede ser desalojado fácilmente de un alma en un principio, pero si se le deja apoderarse de ella, como en vuestro caso, se hace punto menos que imposible desarraigar a tamaño ente infernal, sin poner en gran peligro la vida de la víctima.

Agradecido, acepté lo que aquellos piadosos varones me proponían. No obstante el demonio de mi incredulidad, tan arraigada en mi alma como el propio *dai-djin*, me esforcé en no perder aquella mi última probabilidad de salvación. Arreglé, pues, mis negocios comerciales. A pesar de mis pérdidas, me vi sorprendido con que poseía una regular fortuna, aunque las riquezas, sin nadie con quien compartirlas, ya no tenían atractivo alguno para mí, porque, con el gran Lao-Tse, había aprendido que el conocimiento, la distinción entre lo que es real y lo que es ilusorio, es el áncora de la salvación contra los embates de la vida. Asegurada una pequeña renta, abandoné el mundo y me incorporé al discipulado de «los maestros de la gran visión», en un retiro tranquilo y misterioso, donde, en soledad y silencio, llevo sondados mis hondos problemas de la ciencia y la vida, y leído numerosos volúmenes secretos de la biblioteca oculta de Tzionene, mediante lo que he logrado el dominio sobre ciertos seres del mundo inferior. Pero no pude conseguir el gran secreto del señorío sobre los funestos *dai-djin*. La clave sobre tan peligroso elemental sólo es poseída por los más altos iniciados de aquella escuela de ocultismo, pues hay que llegar antes a la suprema categoría de los santos *yamabooshi*. Mi eterno y nativo escepticismo era siempre un obstáculo para grandes progresos, y así, en mi nueva situación serenamente ascética, los consabidos cuadros se reproducían de cuando en cuando sin que lo pudiese evitar, por lo que, convencido de mi ineptitud para la condición sublime de un adepto ni de un vidente, desistí de continuar. Sin esperanzas ya de perder por completo mi don fatal, regresé a Europa, confinándome en este chalet suizo, donde mi desgraciada hermana y yo hemos nacido, y donde escribo.

—Hijo mío —me había dicho el noble bonzo—, no os desesperéis. Considerad como una mera consecuencia de vuestro karma lo que os ha sucedido. Ningún hombre que voluntariamente se haya entregado al señorío de un *dai-djin* puede esperar nunca el

alcanzar el estado de *yamabooshi*, *arahat* o adepto, a menos que sea purificado inmediatamente. Al igual que la cicatriz que deja toda herida, *la marca fatídica de un dai-djin no puede borrarse jamás de un alma hasta que ésta sea purificada por un nuevo nacimiento*. No os desalentéis, antes bien, resignaos con vuestra desgracia que os ha conducido más o menos tortuosamente a adquirir ciertos conocimientos trascendentes que de otro modo habríais despreciado siempre. De tamaño conocimiento no os podrá despojar nunca el más poderoso *dai-djin*. ¡Adiós, pues, y que la gran Madre de Misericordia os conceda su protección augusta y su consuelo...!

Desde entonces, mi vida de estudioso anacoreta ha hecho mucho más tardías mis visiones; bendigo al *yamabooshi* que me sacara del abismo de mi materialismo primitivo, y he mantenido la más fraternal de las correspondencias con el bonzo Tamoorá Hindeyeri, cuya santa muerte, gracias a mi funesto don, tuve el privilegio de presenciar a tantos miles de leguas, en el instante mismo en que ocurría.



HELENA PETROVNA BLAVATSKY —Елена Петровна Блаватская, en ruso— (Yekaterinoslav, 12 de agosto de 1831 - Londres, 8 de mayo de 1891) fue una escritora, ocultista y teósofa rusa. Su nombre original era Helena von Hahn. Nació en la ciudad de Yekaterinoslav (actual Dnipropetrovsk), situada en las márgenes del río Dniéper, en el sur de Rusia (actualmente territorio de Ucrania). El apellido Blavatsky se debe a un breve matrimonio con un «hombre mayor», llamado Nikífor Vasílievich Blavatsky, a los 17 años de edad.

Fue una de las fundadoras de la Sociedad Teosófica y contribuyó a la difusión de la Teosofía moderna. Sus libros más importantes son *Isis sin velo* y *La Doctrina Secreta*, escritos en 1875 y 1888, respectivamente.

Notas

[1] Esta historia está sacada del relato de un testigo presencial, un señor ruso muy piadoso y digno de crédito. Además, los hechos están copiados de los registros de la Policía de P... El testigo en cuestión los atribuye, por supuesto, parte a la intervención divina y parte al diablo. Helena Petrovna Blavatsky. <<